

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 74 - Abril de 2016 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



10

Retrato inocente

12

Casasola

14

Las ruinas de la guerra

18

Dos semanas en Sudán

22

Cruyff (1947-2016)

24

Palacio y estancia

28

Guanteros, leyenda de arrabal



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 74 - Abril 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Cof cof cof

Para el efecto, el poeta ha hecho la mejor definición: “Es el borde de una copa quebrada. / Y en el fondo de la copa está la ciudad, ensimismada, dura”. Por encima de la línea irregular de las montañas corren los vientos alisios mientras la ciudad, encendida, se cuece en sus peores gases. Siempre ha sido así en este valle estrecho. Pero hace poco unas máquinas (carros, motos, camiones) alertaron a otras máquinas (medidores de partículas suspendidas). En todo el Valle de Aburrá hay 23 estaciones para monitorear la calidad del aire. En los años setenta se hicieron los primeros registros en la ciudad y desde 1993 se tienen datos confiables. Nunca antes se habían registrado niveles de contaminación como los que aparecieron en marzo pasado. Durante 26 días del mes dos estaciones (Museo de Antioquia y Estación del Metro La Estrella) presentaron un Índice de Calidad del Aire dañino para la salud. Los ojos, la garganta, los pulmones de los habitantes de Medellín pudieron comprobarlo. Ocho de esas estaciones tienen medidores de partículas menores a 2.5 micrómetros (PM2.5). Las más peligrosas, las que flotan imperceptibles y no caen nunca, las que no respetan nuestros filtros naturales y llegan incluso al torrente sanguíneo. En todas se presentaron niveles de alarma según parámetros de la Organización Mundial de la Salud. Y llegamos a cifras que doblaban el promedio de contaminación por partículas PM 2.5 en nuestra eterna primavera.

Los científicos encargados de medir la calidad del aire parpadearon frente a los datos de marzo. Incluso para ellos fueron una sorpresa desagradable. Muchos factores confluyeron para que llegáramos a esos valores críticos. Marzo y noviembre, meses de transición en nuestras temporadas de lluvias y tiempo seco, son normalmente los peores en las tablas anuales de contaminación en el Valle de Aburrá. Los vientos fueron especialmente débiles y El Niño atizó con el sofoco y los humos de los incendios forestales. Desde el Sahara entraron algunas arenas por el Amazonas y la Costa Caribe para poner la nota exótica. Estuvieron solo en la primera semana de marzo, lo que demuestra que los humos fueron sobre todo propios. La quietud ambiente logró que se hiciera un tapón sobre el valle, no había lo que los estudiosos llaman “dispersión horizontal”, como quien dice, no se movía una hoja. De otro lado, algo de niebla natural y el humo ambiente no dejaban entrar el sol al valle para hacer que el aire ascendiera y se presentara lo que los profesores llaman “dispersión vertical”, algo similar a la respiración natural del valle día a día. No teníamos ni viento ni sol ni aire nuevo, ni vista sobre las montañas, solo un velo malsano y terco.

Los altos valores fueron repentinos, pero la polución es repetida. El 80% del mugre sale de los recorridos diarios de las 636 mil motos, los 630 mil carros particulares, los 30 mil taxis, los 6 mil buses y los regalos de los otros tantos camiones y volquetas. No se puede decir que la ciudad no tiene institucionalidad y estudios alrededor del tema. Hay una red de monitoreo de calidad del aire conformada por universidades y entidades públicas. Se estrenó este año, en plena emergencia ambiental, el Protocolo de Episodios Críticos de Contaminación. De modo que hay una comunicación y unos procedimientos entre quienes obtienen y estudian los datos y quienes tienen la responsabilidad de tomar las decisiones. No se trata de salir a gritar con una mascarilla. Tal vez sea más útil darle visibilidad permanente a quienes conocen el tema, exigir la publicación de datos día a día, aprender un poco acerca del aire turbio que respiramos y entender que la autoridad ambiental no puede limpiar el horizonte.

A la hora de las medidas vale la pena mirar lo que ha hecho Ciudad de México que tiene una topografía similar a la nuestra. Hoy en día tiene mejor Índice de Calidad del Aire que Medellín y hacía trece años no sufría una alarma ambiental como la que vive precisamente en este mes. A pesar de haber hecho algunas cosas bien, saben desde hace tiempo que la calidad del aire es un problema cotidiano. Y que no se trata de cambiar un filtro sino unos comportamientos. En el D.F. aplican un sistema que todos los días saca de circulación 540 mil vehículos, cerca de un 20% del parque automotor. Las revisiones de emisión son obligatorias cada tres meses y poco a poco han crecido en cargas tributarias destinadas a mejorar el transporte público. Sin duda es hora de que los vehículos particulares pierdan derechos y privilegios. Ha pasado el peor momento, pero seguiremos respirando y las motos seguirán en oferta y los carros en la lista de sueños de muchos empleados. Es hora de poner incentivos a vehículos que no dejan una estela de humo y cargas serias a los que necesitan el impulso de la gasolina. ☺



Matrimonios

por **ANDRÉS MARCEL GIRALDO**

Ilustración: **Mónica Betancourt**



Son muchos los riesgos que se corren como vecino descreído de una iglesia pequeña. Cantos de sacerdotes desafinados a mañana y tarde, feligreses octogenarios y fanáticos, respaldados por Dios, disputando el parqueadero que por derecho te corresponde. Y descubrirte recitando en la oficina, sin querer, el salmo responsorial aprendido por hipnopedia. Una completa desdicha para un ateo postulante. Eso mismo pensaba yo. Por eso casi no compro el apartamento donde vivo. Pero hoy vengo a contarles cómo una capilla de barrio se transforma en una lustrosa pasarela del espectáculo que hace mis sábados más felices. Y todo es gratis.

Desde las siete de la mañana llega un contingente de jubiladas con el pelo blanco o morado, *gaffers* voluntarias en ropita de trabajo. Desenrollan una alfombra roja en el atrio, cortan tallos de flores blancas y las anudan en ramilletes que luego elevan en la fachada de la capilla. Una música celestial que sale de los altoparlantes ambienta el trajín mientras las doñas Olguitas, Doritas y Esperancitas contraordenan al señor de oficios varios, capellán, plomero y reparador de cosas mundanas, quien obedece en silencio por ganarse unos pesos extras y un lugar en el cielo.

Más tarde la calle ciega que remata en la iglesia comienza a llenarse de carrozas, de príncipes y princesas. Zapatos prestados o revividos del armario a punta de betún, corbatines torcidos de alquiler. Cachaquería masculina paísa hecha con remiendos de bautizos y primeras comuniones. Ellas en cambio son todas aspirantes a estrellas de cine que buscan en esta oportunidad sus quince minutos de fama: bucles y lentejuelas. Una cohorte de chaperonas que madrugaron para su turno en el salón de belleza y los sobrinitos jugueteros, pendientes de las tías encargadas de mantener su buena conducta. Suena musiquita interpretada por aprendices de violín, organeta y saxofón que de vez en cuando recuerdan el pentagrama.

Aparecen los globos rojos en forma de corazón, las cajas con mariposas de criadero, el arroz (escaso tal vez por cambios en la moda o por la sequía tolimense), las aleluyas. Ante la ausencia de periodistas de farándula, camarógrafos

espontáneos o contratados asumen el rol acechante de los paparazis. Tripodes cojos que cabalgan sobre cámaras de bolsillo con ínfulas profesionales. No falta el imitador de Alfredo Barraza que se encarga de tensar las cuerdas del glamur y la etiqueta y revolotea, aletoso, componiendo cuellos y corroscos.

El último de la avanzada en llegar es el novio. Es fácil descifrar ese gesto de incomodidad, posible terror o amargura, que trae el hombre maquillado con sonrisas. El aspecto es de alguien que debe caminar aunque le aprieten los zapatos y los calzoncillos. Literalmente lo meten empujando en la iglesia, de afán, como para que no escape, con el pretexto de que ya casi llegan. Cuando el escenario está listo y el sacerdote acosa apuntando al novio con su apretada agenda del día, llega un carro que sentencia con su pito una cruel realidad: ya no hay escapatoria. Entonces comienza el único show verdadero.

Para el transporte es común que las familias busquen el carro de gama más alta en su círculo de amistades. Por eso la carroza de la novia puede ser un compacto de dos puertas, un utilitario gama media, un viejo gama alta en buen estado o un coche antiguo descaпотable alquilado especialmente para la ostentación. Todos, eso sí, se decoran con estética de limosina. No es cuestión de plata o buen gusto.

Abren la puerta y comienzan las expresiones de júbilo. Aplausos, gritos, silbidos de fanático futbolero. De la carroza desciende Cinderella envuelta en su repollo. Se bajan también el futuro abuelo y los sobrinitos jugueteros, pendientes de las tías encargadas de mantener su buena conducta. Suena musiquita interpretada por aprendices de violín, organeta y saxofón que de vez en cuando recuerdan el pentagrama. Los más pudientes eligen la gaita escocesa del amigo excéntrico extranjero.

Por un rato los pierdo de vista. Con la marcha nupcial pregrabada todos entran

a la ceremonia, salvo unos con los que me identifico, que prefieren tomarse un tinto en la tienda de la sacristía, comerse una empanada o fumarse un cigarrillo mientras disfrutan del entorno arborizado. Ellos, como yo, aprovecharon ya el preámbulo de la ceremonia para hacer *casting* y *figsonear* como adolescentes entre los adornos de las invitadas.

Media hora más tarde el padre termina su sermón y otros dos completos desconocidos salen por la misma puerta con la tarea de quererse, amarse y respetarse hasta que la muerte los separe. Los asistentes ya son cómplices, testigos y jurados de sus votos. Todo es felicidad. Real o aparente. Hay de las dos, ay de los dos. En los márgenes de la foto se alcanzan a leer los labios de algunos amigos sensatos que se lo hacen saber al exnovio con un chiste pesado durante el abrazo. Las compañeras de oficina de la novia hacen fila para expresar su alegría, pero es evidente que durante el beso conservan una sutil distancia que obedece al cuidado del maquillaje que deberá llegar intacto hasta el plato frío.

Son las ocho y media de la mañana pero todo se ilumina con flashes, chispitas mariposa y volcanes de pirotecnia. Los del primer matrimonio parten entre explosiones y el tintineo de latas de cerveza importada amarradas a la carroza. El circo se alista para la siguiente función. Salen las escobas, los recogedores y el ejército de técnicos y tramoyistas encargados de recomponer el escenario. Tengo un rato para mirar a las arduas, escuchar las guacharacas y aburrirme con las exhalaciones de algún colibrí. Desayuno y vuelvo. Paso la

mañana comparando peinados, atravesando con la luz de la imaginación las transparencias de los vestidos, asombrándome por los contrastes entre la elegancia y la osadía. Aunque nadie me mire, a veces por respeto corro a bañarme temprano para lucir presentable en la tribuna preferencial de mi ventana.

Las iglesias me resultan inofensivas en semana. Me dan lo mismo. Pero desde hace un año, la iglesia de San Anselmo, vista desde aquí, cambió mis hábitos sabatinos. Desde entonces mi primer café se endulza con el almíbar empalagoso del circo católico.

Soy un hombre difícilmente casado. Por lo civil. Aun así no tengo pruebas contundentes en contra del matrimonio. Es como un buen café: amargo y espeso, pero uno lo disfruta. Me demoré en aceptar sus “bondades” por testarudez. Por flojera. O por físico miedo. La vida es un zurullo de dudas e incertidumbres. Por si nadie lo había dicho antes. Entre las mías más profundas está saber qué habría sido de mí si no me hubiera juntado con esta mujer que me regaña. Finalmente acepté vivir en este ritual cotidiano de negociaciones y sometimientos porque la libertad del solo iba acabando con mis células sanas y algunas pocas virtudes de nacimiento. O porque quise. Pero hoy acepto sin vergüenza que una manito de rigor femenino me trajo hasta aquí con algo de salud y un hijo que me da ganas de llegar hasta el futuro. Pero fáncil no es. No se hagan. Quienes lo vivimos lo sabemos. Ahora estoy seguro de que una iglesia de vecina hace el matrimonio más llevadero. ☺

Otro pueblo minero

por PAULA CAMILA O. LEMA

Fotografías por la autora

Un día fui donde un viejo al que todos conocen y consultan en el pueblo. Como tenía los pantalones y las botas enterrados, se excusó diciendo que estaba “por allá haciendo un trabajo”. Conversaba con unos vecinos en la acera de su casa, que compró hace 33 años por 350 mil pesos en una callecita cercana al parque en la que ahora hay cinco compraventas de oro.

El señor de 67 años, moreno y corpulento, habló primero de duendes que embolatan lo que sea, luego me dijo que “dentrara” y me contó más historias de aparecidos.

—Aquí se veía mucha cosa...

—¿Y ahora?

—Gente rara, por todas partes. Uno sale a la plaza y veía una o dos personas.

—¿Y eso es malo?

—Ahg, aburre mucho... Uno asomaba a la puerta y veía una o dos personas. En cambio ahora usted ve un gentío, unas motos toda la noche, todo el día —dijo refiriéndose a los miles de mineros del Nordeste y el Bajo Cauca que durante los últimos seis años han ido llegando al pueblo.

El señor estuvo muy enfermo. Vive con la esposa y los hijos, y en la habitación que hay enfrente de la sala duerme uno de ellos. Le ofrecieron por ella, que la

quiera con un baño que hay detrás, le pusiera puerta y le daban un millón al mes.

—Yo no voy a desacomodar los hijos por acomodar a otro, no, qué tal eso. Porque es que esa gente tan grosera, se tratan como animales, a uno no le gusta eso. Y pasarán cosas en esas minas, yo no sé... A mí no me gusta mucho hablar de eso porque se dan cuenta esa gente... Vea nada más antenoche atracaron una compra de oro allí...

No entró en detalles porque cerró la puerta, pero le han tocado ya dos robos. A veces cuchicheaba y el rugido de un taladro en una construcción vecina ahogaba sus palabras.

—¿Y cómo era el pueblo antes?

—Estaba la Continental únicamente, y barequeritos por ahí en las cañas. Aquí la gente trabajaba mucho. Cultivaba café, frisol, maíz, de todo... No traían cosas de Medellín y ahora todo lo traen es de allá y tenemos que comprar a como esté. Ayer compré un plátano maduro a mil pesos...

Un par de hijos tienen ganas de irse para Medellín y a él le ofrecieron dos millones de alquiler por la casa, pero ya no se amaña en ninguna parte, ni en su pueblo.

—Es que la cultura de nosotros es muy distinta. El pueblito se mantenía limpiecito. Empezaban a recoger la basura a las siete de la mañana y de nueve

a diez ya habían acabado. Ahora empiezan a las siete, y son las cuatro, cinco de la tarde, y sin poder acabar.

No sabe cómo se llaman algunos vecinos ni de dónde son, y los vecinos dicen que él es malaclase porque no se revuelve con ellos. El señor es devoto de San Antonio. Dice que lo tiene alentao y muestra la cicatriz de una cirugía reciente, línea vertical que le recorre el vientre.

Cuando subí a preguntar por el robo la señora de la “joyería” se negó a hablar porque el esposo no estaba, pero un minero que estaba ahí sentado se ofreció a hablar conmigo. Dijo que era de Sincelejo y antes estudiaba Derecho, que tenía 30 años y hacía tres se había venido al pueblo a “aventurarse” con un amigo de Santuario. Dijo que en el municipio hay muchos mineros informales que no han podido formalizarse, “gente muy humilde y muy trabajadora que tiene más de 35 años trabajando la minería”. Dijo que cuando empezaron los desalojos se puso a estudiar leyes mineras, y se largó a hablar de lo que decían códigos y decretos sobre minería tradicional. Dijo que uno de los mineros tradicionales del pueblo trabaja con él y ya había enviado una solicitud para formalizarse pero todavía no recibía respuesta: “Estamos trabajando de manera informal porque es que no ha habido voluntad de la multinacional

para formalizar a todos los pequeños mineros del pueblo”. Le pregunté si no era riesgoso para un inversionista meterse en un negocio tan perseguido: “O sea, qué te digo, todo es el manejo que se le dé a las situaciones. Es que mira, te voy a decir así de sencillo: aquí tapan un hueco hoy, mañana hay dos. El minero sabe vivir de la minería, no se va a volver carpintero, no se va a volver albañil. Y aquí la gente está concientizada de que no se van hasta que no se saque hasta el último gramo de oro de debajo de la tierra”.

Dos días después la señora me contó el robo. Entraron dos tipos, preguntaron a cuánto estaba el gramo de oro, sacaron los fierros, afuera justo había un escolta que se guindó a bala con ellos, le dieron a una señora e hirieron a una muchacha para quitarle la moto en la que se volaron. Los cogieron más arriba, eran tres, le dijo la policía a la señora. “Según la inspectora, es la primera vez que se ve un atraco a mano armada acá”, dijo, pero un líder del pueblo me había contado que “sí se estaba manejando mucho eso, pero pa las compraventas que hay —veinte en el casco urbano, al menos medio centenar en todo el municipio— los casos son esporádicos”.

Otro día estuve en un evento en el coliseo del colegio, un “diagnóstico participativo” para el plan de desarrollo

del nuevo alcalde. Líderes de las comunidades enumeraron sus necesidades ante los secretarios de despacho. Más allá se veían las montañas, y en uno de los muros del coliseo, un letrero: “Tu indiferencia también contamina”. Desfilaban señores de sombreros, un par de mujeres. Casi todos pidieron acueducto y mejoramiento de viviendas y caminos. Todos pidieron agua. “Nos llega el agua cada tres días”, dijo una muchacha de Murrupal.

Afuera, en un callejón junto a la iglesia, había un culto pentecostal. La retahíla amplificada duró como una hora y media, y mientras el pueblo empezaba a oscurecer retumbaban en el parque las vehementes palabras del pastor: “Hemos observado con nuestros propios ojos que la maldad se ha multiplicado en nuestro pueblo”.

Una montaña de oro

Al cerro donde se levanta Buriticá, sobre el flanco derecho de la cordillera occidental, le dicen La Montaña de Oro. Para llegar hasta allí desde Medellín hay que recorrer un centenar de kilómetros: ascender, atravesar un túnel de 4,6 kilómetros, descender, cruzar San Jerónimo, las turbias aguas del Cauca y la Santa Fe de Antioquia, para empezar a ascender de nuevo hasta llegar al lugar conocido como Pinguro, donde comienza, en un desvío a la derecha, la única vía de acceso al pueblo, estrecha y más bien precaria por la que un motocarro se descuelga para llevarte hasta el parque en tres mil. En el camino se cruza con otros motocarros, camiones, mulas y motos, y unos tres kilómetros antes de llegar al casco urbano empiezan a aparecer comederos, bares cerrados, parqueaderos atestados de motos, carros estacionados, mallas y cercas, por todas partes tela verde para cerramiento. Más allá, la ladera casi se despeña hacia el Cauca.

A esta ocupación improvisada al borde de la carretera le dicen San Antonio, y la vereda que atraviesa se llama Los Asientos. Acá fue donde comenzó, hace más o menos seis años, el apogeo minero. Hasta entonces, los habitantes de ese pueblo que se acostaba temprano y despertaba con las gallinas se las habían arreglado para cultivar a pesar de la escasez de agua, para tener

vacas a pesar de lo escarpado del terreno. Del oro sabían que por eso se había hecho matar de los españoles el Cacique Buriticá, que durante la Colonia la criolla María Centeno lo había buscado esclavizando negros e indígenas, que en las márgenes del Cauca algunos aún lavaban pero no había explotación en socavones desde finales del XVIII. Todavía dicen que hay cuevas encantadas por la Centeno, que en el Alto del Chocho está enterrado el tesoro del Cacique, que en La Fragua “hay tanto oro enterrado que los cerdos lo pueden levantar con el hocico”.

La cabecera municipal de Buriticá, pueblo de 364 kilómetros cuadrados, es una pendiente con calles y casas repartidas sin demasiado orden en torno al parque, presidido por la iglesia y la estatua de San Antonio, “el santo de todo el mundo”. En las escaleras que rodean el atrio se divisan a todas horas hombres polvorientos de polvorientas botas punteras, más abajo bancas y jardineras rodeadas de estacas con los adornos de la última navidad, y hacia el noroccidente una estatua en bronce del Cacique tan erguido como debió estar cuando murió en la pira. Aquí y allá se ven placas de la Continental Gold, “la compañía”, multinacional canadiense dueña de todos los títulos mineros y buena parte de esos terrenos, que en 2010 reportaba 18 mil hectáreas de títulos y tierras y para 2014 ya tenía casi sesenta mil. Pero según el vicepresidente ejecutivo, la compañía solo explota entre el cinco y el siete por ciento de las 1.900 hectáreas de su título principal.

En los ochenta, un forastero —“Mister Allen”— compró Yraguá, un yacimiento que primero estuvo en manos de Centena S.A. y que en 2007 pasó a la recién conformada Continental Gold. Veinte años después la compañía comenzó “exploración avanzada”, y poco después empezó a cotizar en la bolsa de Toronto de cuenta del “Proyecto Buriticá”, declarado por el gobierno nacional como Proyecto de Interés Estratégico Nacional para agilizar trámites y permisos. Más o menos por la misma época, en Segovia la Frontino Gold Mines fue liquidada por segunda vez después de un proceso de lo más turbio, y sus minas entregadas a otra multinacional mientras la violencia arreciaba en el

Nordeste y el Bajo Cauca, de donde empezaron a llegar miles de mineros.

En julio de 2012 empezaron los desalojos y cierres solicitados por la Continental, pero para el año siguiente habían arribado a la zona cerca de cinco mil mineros, algunos con sus familias, y San Antonio se había llenado de negocios y de cambuches “al estilo gringo: ‘levántese mijo que es que ya me voy a acostar’, entonces el otro se levantaba, se arreglaba y se iba a trabajar”. Periódicos y noticieros reportaban que la población se había triplicado y habían colapsado el colegio y el hospital, que el consumo de sustancias y los embarazos adolescentes se habían disparado, que la minería envenenaba el agua, la tierra y el aire, que Buriticá se había vuelto un desorden en el que todos querían pescar.

Entretanto, el gobierno lograba la aprobación de la Ley 1658 sobre disposiciones para la comercialización y el uso del mercurio, que contemplaba la figura de “subcontratos de formalización” como alternativa a la informalidad. Después de un accidente sin víctimas, el Dapard declaró la zona en alto riesgo y el municipio, calamidad pública, y en noviembre los disturbios por los desalojos dejaron dos muertos y diez heridos. En 2013 otro accidente —cuatro mineros muertos y más de noventa intoxicados debido a una explosión en una mina— dio lugar a más cierres, mientras algunos mineros ya asociados negociaban los términos de una formalización para hacer de la minería una actividad “legal, amigable con el medio ambiente y que respeta la cultura de las regiones”.

El encargado del proceso fue Eduardo Oroya Rojas, por entonces vicepresidente de asuntos corporativos de la compañía, quien antes había sido gerente liquidador de la Frontino Gold Mine. El 20 marzo se firmó un preacuerdo, y el 10 de mayo, bajo una carpa en la que intentaban resguardarse de la lluvia, los representantes de las asociaciones posaron para la foto y firmaron los subcontratos. “Dijeron: ‘esto hay que firmarlo porque si no nos vamos es a mojar, ya el ministro no viene’, llegó el alcalde, se tiró el discurso y firmamos. Y resulta que cuando fuimos a ver, tenía un parágrafo tercero”, cuenta Frey Úsuga, minero

de una de las ocho asociaciones formalizadas ese día. Ese parágrafo dice que el área de explotación “se proyecta desde la superficie, a partir del centímetro uno (1) después de los cinco (5) metros de la franja de seguridad [...] hasta una profundidad máxima de cincuenta (50) metros”. “Les hemos dicho a ellos abiertamente —me contó Hugo Valle, representante legal de la Asociación de Mineros Formales de Buriticá—: ome, esto es un mico, esto fue un engaño, qué pasó ahí. Nadie responde, porque obviamente esto fue manejado por el señor Eduardo Oroya”. Y el señor Eduardo Oroya fue despedido de la compañía en julio de 2014 en medio de acusaciones sobre un presunto soborno y rumores que luego serían confirmados por la justicia.

Para finales de 2014 ya se reportaba el uso de retroexcavadoras en el Cauca y el Dapard había declarado alerta temprana por cianuro y mercurio en el agua y molestias estomacales y respiratorias entre los habitantes. En enero de 2015, después de otro accidente, se ordenó otro desalojo por riesgo de colapso, el presidente ejecutivo de la compañía informó que la minería criminal extraían unas 60 mil onzas de oro al año y ellos solo 6 mil, y días después fueron cancelados cuatro de los ocho subcontratos por “incumplimiento de los mínimos requerimientos legales”, es decir, por haber excedido el área e incumplido normas ambientales y laborales. Pero lo que se comenta es que muchos de los inversionistas los había traído el mismo Oroya de Segovia, y solo tres asociaciones habían sido creadas por gente de Buriticá. El comunicado de la compañía, del 28 de enero, dice: “Vamos a continuar trabajando en la formalización de mineros tradicionales oriundos de Buriticá [...] es importante aclarar que las circunstancias recientes en el municipio de Buriticá debido a la perentoria orden de cierre de minas ilegales en Los Asientos por parte de la autoridad minera, nada tiene que ver con la minería tradicional del municipio. Estas minas NO tienen ningún tipo de tradicionalidad ni ancestralidad, ante la magnitud de sus operaciones NO son minas artesanales y sus trabajadores en su inmensa mayoría NO son del municipio de Buriticá. Por todo lo anterior, es legalmente imposible e improcedente



considerar algún programa de formalización minera con los anteriores". Pero en el pueblo se sabe que los empleados buritiqueños de la compañía son los que ganan menos de un millón porque la mano calificada es de Medellín. "Le pongo que de 8.500 habitantes —me dijo Hugo—, 500 somos mineros, no de arraigo, porque la minería acá apenas surgió hace cinco o seis años, pero son los que han venido estos últimos años consiguiendo la comida y les ha gustado estar en la minería".

Eduardo Otoyá, el Doctor, fue capturado por la policía un año después de la firma de los subcontratos, acusado de haberse adueñado de planos de las vetas, de financiar al Clan Úsuga y a la Oficina de Envigado, de haber creado su propia organización —Héroes de Occidente— para extorsionar y extraer oro en Segovia y Buriticá. En el operativo detuvieron a otras catorce personas, entre ellas a tres agentes activos de la policía y al secretario de gobierno del anterior alcalde, quien había sido capturado tres meses atrás por vínculos con el mismo Clan, acusado de obstaculizar el trabajo de mineros formalizados y de extorsionar informales mientras cerraba minas por órdenes de la compañía.

Zona 4

Viernes, 6:45 de la mañana, el pueblo ya está despierto. En la sede de la Sociedad Minera San Román me espera Jorge Caro, ingeniero de Medellín, quien antes de aceptar el trabajo, hace tres meses, pidió que le cubrieran el arriendo, porque en Buriticá la renta es escandalosamente alta y por eso profesores y funcionarios se han mudado a Giraldo o a Santa Fe de Antioquia. Ayer me dijo Daniela, buritiqueña de 22 años, secretaria de San Román, que algunos han construido segundos y terceros pisos porque el apartamento se paga solo. Y como no puede expandirse, Buriticá ha crecido hacia arriba: no más desde el parque se divisan al menos cuatro obras cubiertas por la misma tela verde.

San Román es una de las cuatro asociaciones que están formalizadas. Jorge está de botas y de overol verde, uniforme del recorrido diario por las dos minas que puede explotar San Román, una de una hectárea y media y otra de tres. En Zona 4 los mineros empezaron turno

a las seis, y en Zona 2 hoy "mueven material" y por eso hay visita de la compañía. Ayer me enumeró Jorge las visitas semanales de la compañía: técnica de formalización, medio ambiente, seguridad y salud en el trabajo, topografía.

Salimos del pueblo en moto y en Los Asientos Jorge se detiene a verificar los bultos que las mulas están sacando de Zona 2, luego seguimos de largo hasta un lugar algo más despoblado. Al frente está la Continental, cercada, rodeada con tela por supuesto verde y custodiada por un militar medio oculto tras una barricada.

Zona 4, dicen, es la mina modelo de la formalización. Hay que subir hasta una especie de terraza para ver la bocamina, rodeada de gaviones, bajo un altar con un San Antonio y dos vírgenes. Adentro está el extractor, al lado hay una machacadora, más acá el compresor que suministra el aire para el machín. De la bocamina, como un tentáculo, sale una gorda manguera de lona amarilla y una gris, más pequeña, que conecta con lo que llaman búfalo, un ventilador que hace un ruido estridente que casi no me deja oír las explicaciones de Henry, jefe de turno, quien me dice, por ejemplo, que "hay montajes como estos, así pa abajo, pero son informales. Hay gente que les gusta hacer su trabajo y los meten como son pero no tienen el permiso. Hay otros que dicen: nosotros vamos es por lo que vamos y ya, las ratoneras que llaman".

Henry es de Segovia, igual que los dos jefes de minas. En San Román hay una decena de segovianos, algunos de Cañasgordas y de Medellín, algún costeño. Como no pueden pagar estudios geológicos, me dijo Jorge, "nos toca guiarnos con el empirismo, con el conocimiento del minero". Y los segovianos y los remedianos, lo admiten los mineros buritiqueños, son los que saben. El cura del pueblo, acostumbrado al agite minero porque antes fue párroco de Remedios, me dijo: "Cuando yo llegué aquí empecé a ver que con palabras muy vulgares se referían a segovianos y remedianos. Un odio enorme. Hay viejas muy metidas que decían: 'y qué hace la plata un minero', y yo les decía: 'hace lo que le dé la gana'".

El problema es el "desorden social", como me dijo una buritiqueña de 21 años, como lo sabe el padre aunque le parece más natural: el minero que pregunta dónde va a dormir sino que llega a taladrar, dinamitar y catanguear con

no más una muda en la mochila y mucha plata en el bolsillo, pone la música duro y se emborracha lo mismo un jueves que un domingo, a veces no duerme y a veces no sale de la mina en muchos días; ese que puede perder horas y millones de pesos en un avance sin agarrar la veta y siente una alegría indecible cuando la coge, hoy compra una moto y hace piques y mañana está pidiendo prestado pal pasaje, hoy come poquito y mañana paga lo que sea por el bocado; el que después de horas en el socavón se enamora de cualquier mujer y paga por ese amor, el borracho (y probablemente otras cosas) que vive al día, gastando como gana y creyendo que si ahorra la mina lo puede castigar, como lo puede castigar si entra a ella con rabia con odio con envidia. El que ha visto a su papá y a su abuelo hacer lo mismo. "Lo que pasa es que el buritiqueño se sintió como invadido: yo cultivo café, tengo media vaquita, cuatro casitas y media, y vinieron más de ocho mil personas y empezaron a imponer su estilo de vida, entonces la gente de aquí se angustia porque el minero es de sangre caliente", me dijo el cura.

Hay mineros que dicen que la mina también castiga si entra una mujer, pero estos están formalizados y debe ser por eso que me dejan entrar, pero con casco y linterna, guantes y botas punteras de medio kilo cada una. El ambiente es húmedo pero no sofoca, las paredes de roca y arcilla rezuman. Después de avanzar algunos metros, Jorge señala un salón al fondo de un corredor: "Este es el futuro polvorín, no le falta sino pólvora. Ya está construido, pero como no tenemos explosivos...". En Buriticá, la compañía es la única que cuenta con autorización para la pólvora legal. Las sociedades formalizadas compran el "Indumil" en el mercado negro, cinco veces más caro, porque para que el Ejército les dé permiso les tienen que aprobar primero el Plan de Trabajos y Obras y ninguna ha podido con los trámites. Los informales, en cambio, usan explosivos artesanales y los accidentes son muy frecuentes.

Unos metros más adelante está el túnel en clavada, una boca abierta en el suelo por la que asoman un tramo de escalas y un malacate. Bajamos, bajamos, me parece que bajamos mucho pero en realidad bajamos apenas unos veinte metros—45 metros—, cuando nos cruzamos con el frentero, su ayudante y la orden perentoria de subir porque

acaban de dinamitar y los gases se demoran más o menos una hora en disiparse, y eso "porque la ventilación es muy buena". Mientras subimos se escuchan dos explosiones. En el hospital de Buriticá los casos de intoxicación con monóxido de carbono —el "pique"—empezaron a reportarse en 2013, año en el que el dolor de estómago ocupó el primer renglón de la atención hospitalaria. Ese mismo año, dice el Perfil Epidemiológico, el 20% de los hombres que murieron fue por accidentes mineros. Para el año siguiente ya eran el 33,3%, y las muertes por causa violenta habían pasado del 20% al 55,5% del total. Uno de los médicos del pueblo, un samario muy joven que llegó al hospital hace siete meses, me dijo que el primer mes atendió 26 pacientes intoxicados, y que todos los días hay algún accidente en la mina o en la vía. En el informe Forense se reportó que en 2014 Buriticá tuvo la tasa de accidentalidad más alta del país, el quinto municipio con la tasa más alta de muertes violentas, el segundo con la tasa más alta de casos de violencia sexual (17).

Mientras la mina respira, Henry me cuenta que tiene un salario básico. A los informales les pagan cada diez días con bultos que ellos mismos procesan y algunos apuestan. Si "la década" es mala, un catanguero puede hacer alrededor de dos millones al mes, y si es buena, diez, doce millones. Los empleados de la compañía no pueden hablar con casi nadie pero Jorge sí, y un día se encontró en el parque a un minero que había conocido en Frontino: "En diciembre me dijo: 'este diciembre está muy duro', y yo '¿duro es cuánto?'. 'Porai millón 800 cada diez días, eso no me está alcanzando'".

Henry no gana como un informal pero no expone la vida, tiene seguridad social, servicio funerario, primas y fiestas familiares, la quincena puntual, dé o no dé la mina, sin azar. Henry es segoviano pero ya no distingue entre Buriticá y Segovia, así como no distingue entre los mineros de ambos pueblos, pero antes de él dos mineros —nativos— me habían dicho otra cosa: "Dicen que al de Buriticá, como no es minero, no le dan trabajo, se amanguan. Nosotros aquí no somos mineros. Y nos tocó pues bailar con esta situación, pero es claro: los de afuera saben, y no todo mundo es desorganizado".

Zona 2

Volvemos en moto hasta donde arranca el camino por el que se baja a Zona 2, en el corazón de San Antonio. En el recorrido nos cruzamos con una veintena de policías y varios antimotines: "Eso es que van a cerrar una mina, tanta ley...". Al lado de la carretera espera Carlos Franco, moreno petiso de 31 años, jefe de mina de Zona 2, no tan empírico como los demás segovianos, pues es técnico profesional en minas del Sena. Se acercan a una venta de comidas, piden pastel de pollo. Enfrente se levanta una montaña de costales llenos de basura producida por mineros, que la administración de Buriticá se niega a recoger desde octubre porque al relleno del pueblo no le cabe un desperdicio más y desde hace algunos meses el camión hace el viaje hasta La Pradera, en el municipio de Donmatías, con una sobretasa que —dicen— no tienen por qué asumir los habitantes del pueblo. También el pastel y el tinto y el corrientazo de La Esquina del Gran Sabor tienen sobrecostos desde que el pueblo se volvió minero.

Como muchos mineros del pueblo, Carlos vive en Santa Fe de Antioquia, donde sus habitantes han salido a protestar en las noches para ahorrarse el solo. Algunos mineros alquilaron allá—o en Giraldo— porque es más barato y hay fincas con piscina, y se emborrachan, hacen bulla y a veces incluso lavan el material y joden las tuberías.

—Uno se queda sorprendido de la cantidad de gente que hay acá. Nada más ayer en el desalojo que hicieron, calculábamos por ahí treinta ranchos, y póngale a esos treinta ranchos de a siete. Desalojaron por ahí a 250 personas ayer —le dice Carlos a Jorge mientras el ventero sigue la conversación con interés.

—Los sacan hoy y la semana entrante están ahí otra vez —dice Jorge.

—Nooo, por la noche están haciendo ya, como si no hubiera pasado nada.

Después Carlos cuenta que tiene casa en Segovia gracias al tipo que lo trajo a trabajar a Buriticá, un inversionista de San Román, y dice que a la minería informal debe esa riqueza.

—En ese entonces era informal, ya ahora es criminal...

—Es que trabajar legal es muy costoso —comenta Jorge.

—Trabajar legal es el mejor negocio del gobierno. Mejor dicho, si usted va a hacer minería es porque tiene plata. Ellos lo que no quieren es que un pobre se ponga a inventar haciendo minería.

Ahora bajamos a la mina por una senda muy empinada, desde la entrada de un prostíbulo al que intentaría entrar esa misma noche; enfrente, hasta donde el ojo alcanza, se ven muchas bocaminas —se calcula que hay entre 200 y 300— cubiertas con plástico y tela verde, y al lado de cada una ríos de roca que se desparraman montaña abajo, material estéril que los informales llaman "descargue" y arrojan en los cauces de las quebradas de la vereda; según Corantioquia, en una de ellas el descargue ya cubrió por completo la corriente.

El descenso dura más o menos veinte minutos, en cruce con mulas de cuyas coces hay que cuidarse, nubes de polvo que se te entran por ojos y nariz, polvorientos mineros de polvorientos botas, negocios de tablas y la misma tela verde y, antes de llegar, un par de entables donde procesan el oro (aunque la mayoría están abajo del casco urbano).

Zona 2 está en la mitad de la informalidad, cada dos por tres se topan "trabajos antiguos", pero las mulas que están saliendo ahora mismo subirán el material hasta una volqueta a la que la policía no pondrá problema en su viaje hasta el entable. Se comenta que en un tiempo los policías se resistían a ser trasladados y algunos pagaban para que los mandaran para acá, pero se supone que eso se calmó cuando agarraron al exalcalde. Además, en el pueblo todos —menos la Continental— le tienen que pagar al Clan el diez por ciento de lo que producen, y dicen que "esa gente" saca alrededor de veinte mil millones de pesos mensuales de la minería. "Acá todo el mundo quiere vivir de cuenta del otro sin trabajar", como me dijo Frey Úsuga.

La mina es más o menos igual a Zona 4, excepto por un inmenso ducto de acero por el que se desecha el material estéril y se manda a un sitio con el debido permiso. Esta tierra es de las pocas que no pertenece a la compañía, porque el papá de uno de los socios se negó a venderles. Las oficinas están en un relieve desde el que puede divisarse, a unos 300 metros, un reguero de roca, y encima y alrededor al menos cincuenta personas. Mientras me acompaña hasta allá, el hijo del dueño del terreno me dice que esto no es nada, que hasta hace muy poco eran cientos, miles. Junto a un gavión un muchacho tritura piedra con una almadana, y sobre el río de roca desparramada algunos sacuden zarandas y recolectan arena que luego va a llevar a los cocos para mezclar con mercurio a ver qué sale. Entre los tres que zarandean hay una mujer, Esmeralda, que debe rondar los cuarenta años, el pelo corto, pintado de rojo, bajo una cachucha negra. Me dice que casi todos los hombres que hay acá estaban en avances. Le pregunto cómo le va chatarrando: "Lo



que entra a jugar es la suerte". Un día normal: 100, 150. Un día malo 50, 60, 80. Un día bueno: dos, tres millones. "Estos días a dos bultos de chatarra les saqué dos millones de pesos libres libres", dice, y otro minero le llama la atención:

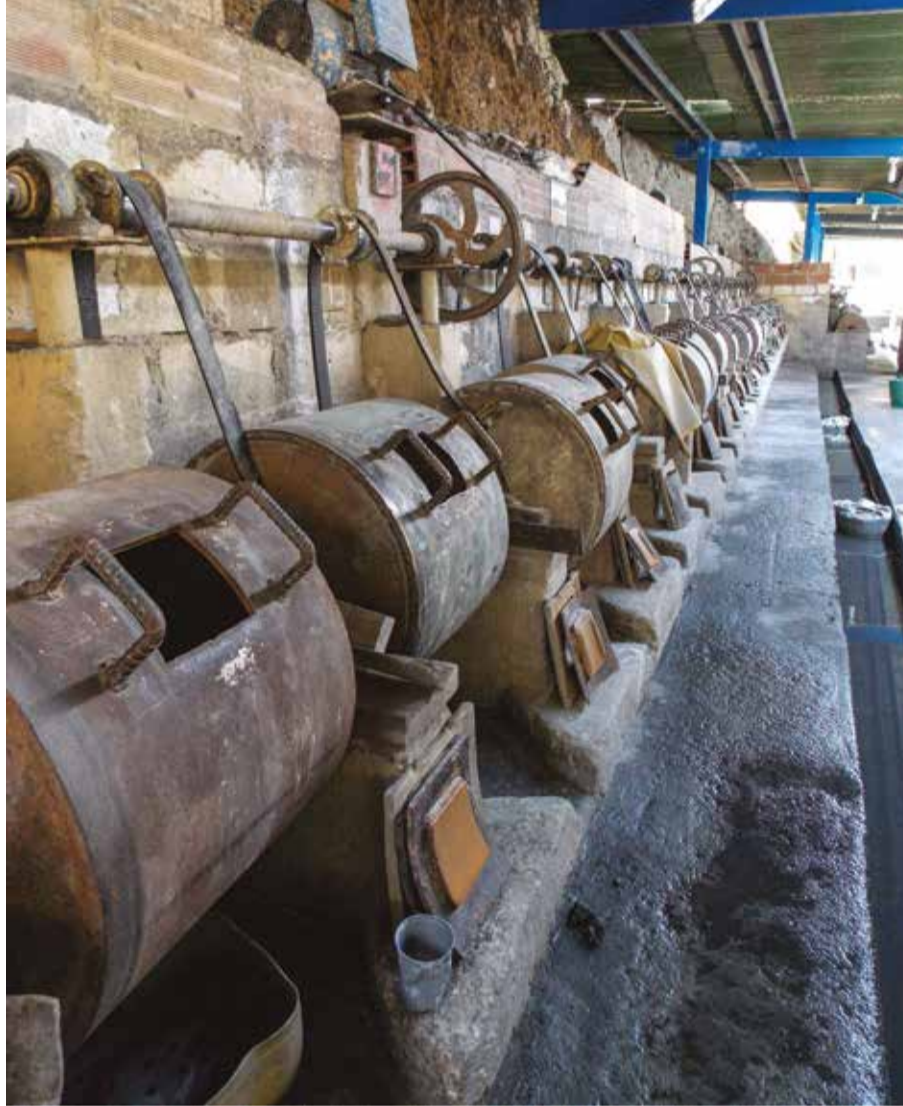
—Pero no puede poner tanto dinero así porque uno no tiene dos días así —dice.

—¿Por ahí cada cuánto te podés sacar eso?

—Póngale cada tres meses —insiste el señor.

—Puede ser mañana, o puede ser ahorita, uno qué va a saber —dice ella y se ríe.

Me despido de Esmeralda y el par de mineros se la dedican a la Continental, defienden su causa con palabras que parecen prestadas de quienes los representan, dicen que es del informal la plata que "tiene vivo" el comercio: "Nos vamos nosotros de aquí y queda el pueblo arruinado", dice uno. "Yo creo que a lo mejor no nos habríamos muerto de hambre si no llegaban —me dijo Hugo—. Buriticá tiene 400 años de historia y no se han muerto niños de desnutrición, con todo lo quebradizo que es el terreno. Pero yo creo que ahora, con la minería, habiendo la riqueza, se va a empezar a morir la gente de hambre, porque de aquella quebrada que vivía la gente, no puede. Tenían su huerta, su pancoger, ¿ahora cómo van a coger agua pal riego ahí?". Se refiere a las veredas por las que pasan las aguas de Los Asientos, ya sucias de minería, camino del Cauca: Murrapal, Higabra, La Angelina, Mogotes. En Mogotes, por ejemplo, los campesinos se quejan de que el agua envenena los animales, y en el Cauca ya las retroexcavadoras abren zanjas sin pedir permiso al río. En el pueblo hay poca agua, hace tres meses no llueve, la cobertura en acueducto y alcantarillado en zona rural es del 30%, y en minas y entables se toma de las fuentes sin el menor respeto. Los caudales disminuyen, el agua tiene mercurio y cianuro. Además están las emisiones de las quemadas, que se hacen casi todas en las compraventas. Y los dolores de estómago, que en 2013 fueron el 27% de las entradas a urgencias —830 casos—, y la bronconeumonía, que fue la causa del 23% de las hospitalizaciones ese mismo año, o las Infecciones Respiratorias Agudas en menores: 800 casos en 2012, 621 en 2013, 950 en 2014. El problema con los mineros, como me dijo la profesora Lucelly,



"es que no saben devolverle a la tierra el bien que les está dando".

En San Román no pueden contaminar porque los auditan todo el tiempo, pero en 2013 Corantioquia sancionó a la compañía por "afectaciones ambientales SEVERAS al recurso agua": aprovechar aguas sin concesión, captar un caudal superior al otorgado y realizar vertimientos no autorizados de mercurio, cianuro y plomo. "Los seis cargos hacen referencia a diversas violaciones a las normas ambientales en un tiempo comprendido entre los años 2007 y 2012", dice el comunicado, pero Mateo Restrepo, vicepresidente ejecutivo, me diría semanas más tarde que los habían sancionado por hechos sucedidos a finales de 2002, cuando el título estaba en manos de Centena.

Donde comienza el río de roca hay, como no, una bocamina, oculta por un cobertizo de esa odiosa tela verde y plástico negro por los que la luz apenas se filtra. Debe haber entre quince y veinte mineros, todos sentados en grupos. Un hombre de unos 35 años, moreno y afilado, responde mis preguntas y me enseña la mina, que baja setenta metros en "pura escalera" y luego se adentra en guía otros treinta hasta el frente. Mientras conversamos, otro minero rubio y esmirriado se le pega y le habla pasito al oído. Encima de la bocamina hay un cuarto de tablas y un minero dormido en una hamaca. Al lado, un altar a San Antonio. El ducto de ventilación no es de lona sino de plástico negro; no hay elevadora, todos catanguanean, pero la mina no es ninguna



“ratonera”. Son quince socios, invirtieron alrededor de 200 millones de pesos, llevan tres años y medio, apenas hace ocho meses “cogieron la minería” y “como cuarenta están comiendo ahorita de esta mina, un setenta por ciento de Buriticá”.

De regreso en las oficinas les digo a los de San Román que quiero ir a uno de esos antros donde los mineros se gastan la suerte. Carlos me dice que por qué mejor no voy a Santa Fe al otro día: “Vos te quedás aterrada en esos negocios”. Otro minero, que empiece por las cantinas que hay pa abajo pa los entables “pa que vea gente arrumada”. Fabio me dice “tardécito es que usté ve el agite bien” y me aconseja que me vista sencilla. Jorge me dice que con las botas punteras paso por chatarrera, otro me dice que si me voy de minifalda me ofrecen plata, y Carlos se carcajea y cuenta: “Está como cuando estábamos en La Primavera que Gusi se gastó 500 mil dándole picos a unas viejas, isque pico a cien mil”.

El entable

Viernes, una de la tarde. En San Román me espera Ovidio para llevarme al entable en su moto 180, que desciende por un camino de piedra y polvo en dirección norte, donde está el 80% de la gente y del territorio, porque ocho de cada diez buritiqueros habitan el área rural. Tras unos quince minutos la moto alcanza la vereda Llanogrande, el otro lugar que concentra la actividad minera del municipio. Sobre la vera izquierda hay casas, tiendas, muchos entables ilegales llenos de gente y de cocos donde la mina da vueltas con mercurio, a los que se atribuye la muerte y envenenamiento de las fuentes que por aquí pasan y siguen hacia los corregimientos de Guarco, al occidente, y Tabacal, al norte. Algunos segovianos comentan que al principio movían la roca hasta Segovia para procesarla, pero a la entrada empezaron a esperarlos para exigir tajada y por eso Buriticá

terminó llena de entables que trabajan día y noche, y dice Frey Usuga que hubo casi 200 pero ya no se sabe bien cuántos: “Han cerrado muchos, entre otras cosas porque el agua está muy escasa”.

Este entable, el único “formal” de la zona, es un conjunto de galpones al fondo de un estadero con restaurante y dos piscinas. En el galpón principal hay una zaranda eléctrica y una pulverizadora; al lado, alrededor de cunetas y estanques rebosantes de lodo gris, están los cocos; y más abajo, una especie de plataforma con inmensos tanques donde el lodo da vueltas con cianuro durante días para extraer hasta el último gramo de oro. Más allá se ven dos fosos, uno superficial, lleno de lodo, y otro más profundo que apenas están abriendo en la tierra para destinar al mismo fin: el descargue de lodo gris con cianuro para reutilizar o para neutralizar y desechar, según sea el caso, que igual no se filtra a la tierra gracias a una geomembrana que pronto se extenderá también a lo largo y ancho del nuevo foso. El lodo que ya no sirve es llevado luego a un lugar que llaman “el cementerio”, dos kilómetros más abajo del entable. Después del cementerio, dicen, las aguas son pútridas, del color de ese lodo gris que gira en los tanques.

Plan b

Viernes, siete de la noche. En el parque está ventando mucho. De los caspetes sale un olor a embutidos y salsas, y en las escaleras del atrio muchachos y muchachas aprovechan el wifi gratis. En el costado norte todavía se ve gente sentada en las mesas de la cafetería, en el oriental tres militares matan el tiempo y a la entrada del comando media docena de tombs hacen lo propio. En una heladería suena guasca que se junta con el vallenato el reguetón la ranchera que suenan en los bares del costado sur, donde media docena de tipos juegan cartas mientras en el parque infantil del lado varios niños dan vueltas en cicla.

Con Fabián me encuentro en el parque y John me está esperando en el corazón de San Antonio, en un bar que se llama Plan b. Está con un amigo del que me había hablado antes, un pelao de Medellín que lleva años en la minería, a quien le da diez mil pa los pasajes cuando lo ve levao y él retribuye con cien mil cuando le va bien. En el bar hay al menos diez mujeres y dos hombres, pero pronto se van y no quedamos sino nosotros, tres mineros y yo. Toman ron –Medellín 8 años– con Coca-Cola para que no les sientan el tufo al día siguiente. Imponiéndose a los gritos sobre la estridencia musical, Víctor cuenta que antes trabajó en Segovia y le quedó gustando, que a veces viaja a Medellín a ver su hija de trece años y a darle plata a la hermana pa que se la guarde.

Esto no es un prostíbulo, en los prostíbulos las puertas son pequeñas y para ver hay que entrar, pero al lado hay uno famoso, el más caro. A Pandora no dejan entrar mujeres y a las mujeres de Pandora no las dejan salir, pero ellas se dejan ver cuando asoman al pequeño corredor que comunica con las habitaciones. El portero me confirma que no puedo entrar, y menos hoy que está el dueño, porque si un minero me manosea y voy con el novio de pronto hay tropel.

Al otro prostíbulo, menos exclusivo, tampoco me dejan entrar, hace un momentico se metió la esposa de un minero y lo encontró con una de ellas y en medio del fragor se rompieron tres botellas de ron –Medellín 8 años–.

La tercera es la vencida. En la puerta, además del vigilante, está la administradora, muy amiga de John, que justo hoy lleva la camiseta de rayas que ella le regaló. Lo saluda de abrazo y con efusividad le dice al portero que me deje pasar. El bar es un segundo piso, una especie de balcón rodeado por esa horrible tela verde. Lo primero que veo, al fondo, detrás de la barra, es la pantalla de más de sesenta pulgadas, o más bien el sexo en la pantalla. En la mitad hay una plataforma estre-

cha que no supera el metro de altura y en el centro tiene una vara. Hay por ahí quince mujeres, todas semidesnudas menos la administradora y otra muchacha. Los mineros van llegando conforme avanza la noche, Víctor me va gritando al oído que el minero es un jugador y que trabaja por el 30% y cuando la mina es muy rica por el veinte. Piden otra botella, cada vez que miro la pantalla un sexo –o dos– se sacuden en primerísimo primer plano, la música retumba en el pecho y Víctor a los gritos sentencia que si el minero no gasta no gana.

Cuando abren la botella la primera bailarina sube a la plataforma, da vueltas alrededor de la vara mientras agita su morena delgadez al ritmo de una champeta, dándose de vez en cuando, y más bien con desgano, palmaditas entre las piernas. A un gesto suyo cambian la champeta por una balada de Ricardo Arjona –“no es ninguna aberración sexual, pero me gusta verte andar en cueros”–, y ella se quita el brasier y deja ver unas tetas pequeñas y empinadas, y luego se deshace del cinturón con tiritas que se agitan cuando baila y por último de la tanga, y me parece tan pero tan triste ese estriptis melancólico y no alcanzo a ver en la penumbra la expresión de la treintena de hombres cansados de catanguear que la ven bailar. Cuando se acaba la canción se viste ahí mismo, y después de detenerse en la barra para limpiarse una lágrima falsa desfiló por las mesas para recibir su propina.

Como a las once y media llegan más mineros: los que echaron de los negocios del parque, los que terminaron turno. Algunos mineros están solos, algunas mujeres están solas, alguna se besa con alguno, alguna se reparte entre todos los de la mesa, y entretanto Víctor me grita que la mina castiga, que la veta se embolata, que el oro es maldito.

Más tarde la plataforma se ilumina de nuevo, esta vez para una negra de escasas curvas. Baila mejor que la morocha, se desliza por la vara, sacude el pubis adelante y atrás, la pelvis en el piso, la vara entre las piernas, las piernas levantadas casi hasta tocarse la cabeza. Al ritmo de una canción electrónica se va desnudando sin entusiasmo pero con energía. Parece representando un papel que de tanto repetir ya la tiene cansada, y me parece tan pero tan mustio todo este comercio que se mueve lo mismo un jueves que un domingo, y ya no sé si el gesto impasible en los rostros de los mineros es provocado por el reflejo verde, el alcohol o la condensación. Pero el pensamiento lo corta la negra cuando empieza a untarse aceite en el cuello, el pecho, el vientre, los brazos, las piernas, la pelvis alrededor de la cual se agita una cadena, la entepierna perfectamente afeitada. La negra, que antes brillaba, ahora resplandece, y al gesto de su mano la música cambia a reguetón y ella enciende dos antorchas con las que empieza a acariciarse la piel aceitada, y aquí o allá se extiende por su piel negrísima un fugaz fuego azul, y todo es silencio menos la música hasta que se acaba la canción y vuelve el ruido, acompañado de aplausos y chillidos.

Ya son más de las dos cuando abordo un motocarro que en diez minutos me lleva hasta el parque. El pueblo está vacío, desolado, no se oyen piques ni músicas ni taladros, por ningún lado se avistan botas punteras, y en medio de ese silencio recuerdo lo que me dijo Hugo, el minero formalizado buritiquero: “Dentro de veinticinco años, los que quedemos vamos a preguntarnos de qué sirvió tener muchas vías, plata, pero no tener agua, no tener bosques, no tener tranquilidad... Por ahora no sabemos si lo que llegó a Buriticá fue una bendición o una maldición”. ©



CONFAR...
para reencantar la vida

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

CONFAR
COOPERATIVA FINANCIERA

www.confiar.coop



Vive la música en la ciudad con la Orquesta Sinfónica EAFIT

ORQUESTA SINFÓNICA
EAFIT

Directora: Cecilia Espinosa Arango



V Concerto de Temporada - Abril 7

Auditorio Fundadores. 8:00 p.m.,
Obertura las criaturas de Prometeo – L. Beethoven;
Concierto para Piano Nº 20 – W. Mozart,
Solista: Lezlye Berrío;
Sinfonía Nº 95 – J. Haydn.

VI Concerto de Temporada - Abril 21

Auditorio Fundadores. 8:00 p.m.,
Hoka Hey – Diego Ortiz Morales
Concierto Andaluz para cuatro Guitarras –
J. Rodrigo, solistas: Alejandro Valencia, Mauricio Arredondo,
Emanuel Estrada y Daniel Durán,
Sinfonía Nº 5 – A. Dvorak.

VII Concerto de Temporada - Mayo 12

Aniversario Universidad EAFIT
Auditorio Fundadores, 8:00 p.m.,
Directora: Cecilia Espinosa A.
Una sonrisa diluida en un Colapso – Andrés Gallo;
Sinfonía Fantástica – H. Berlioz.
Músicos invitados de la Orquesta del Departamento de
Música de la Universidad EAFIT.

VIII Concerto de Temporada - Mayo 19

Auditorio Fundadores. 8:00 p.m.,
ORQUESTAS UNIDAS
Orquesta Sinfónica de Antioquia
Directores: Cecilia Espinosa A. y Andrés Felipe Jaime.
Suite concertante – Blas Atehortua;
Sinfonía Nº 1 de G. Mahler.

INFORMES

Teléfono 261 9500 ext. 9732

www.eafit.edu.co/sinfonica

@SinfonicaEAFIT | Orquesta Sinfónica EAFIT

En Bogotá, donde le parecía que apestaba el intelectualismo, donde estaba recluso por el amor a una “bendita condesa”, una más, Gonzalo Arango escribió su carta de dulce odio a Medellín. La trabajaba con saña y paciencia según le escribió en 1964 a Alberto Aguirre, su amigo, mecenas y abogado de oficio: “Estoy ahora trabajando en una bomba de gran poder explosivo, cuando estalle formará nubes de tormenta en todo aquello que esté contagiado de espiritualidad antioqueña. Te llegarán las esquirlas y vas a gozar mucho con el estallido, es como si lo hubiéramos escrito tú y yo en compañía. Claro que las esquirlas no te llegan agresivamente, pues tu piel-alma es invulnerable a esa tierna y corrosiva acusación contra Medellín a solas contigo. ¡Espera el cañonazo!”

Retrato inocente

por EDUARDO ESCOBAR

Fotografías: Archivo BPP



Cuando me dijeron que han pasado más de cincuenta años desde la escritura de *Medellín a solas contigo* (1964), ese texto tan recordado que ya parece de los llamados memorables, me atorolé, sentí que esos cincuenta años habían pasado también para mí. En cincuenta años pasan un montón de cosas. Nacen los hijos y se mueren los amigos. Y se nos va olvidando uno que otro recuerdo.

Cuando Gonzalo Arango, una noche de amor feliz, tuvo ese incidente normal en la normalidad del Medellín de entonces, y se encontró con un manso policía, comparado con los de hoy, mientras él acariciaba una mujer, según dejó contado en *Medellín a solas contigo*, yo no sé cuántos años teníamos: él apenas debía superar los treinta y yo no había llegado a la mayoría de edad.

He tratado de imaginar muchas veces dónde estaba Gonzalo aquella noche y con quién. Quizás estaba con esa muchacha llamada Amelia que vivía frente al teatro Ópera y que se murió de cáncer y que tenía un Volkswagen. O con esa señora burguesa, la exmujer de un ejecutivo de la Westinghouse que tenía un Nash empujable. Tal vez la cosa debió ocurrir por El Salvador, junto al Cristo, a donde a veces le gustaba llevar sus novias. O en algún atajo por unos desfiladeros de Envigado antes de que llenaran eso de edificios y centros comerciales. Y de dónde venían. Tal vez de una fiesta en Salsipuedes. Esa casa en las lomas de Robledo que hizo famosa Lucho Bermúdez a porrzo limpio. O de comer en la casa de Olga Helena Mattei y su marido el escultor panameño que fundía cristos desnudos. O de donde Leonel Estrada, el poeta y odontólogo, a quien con mucha probabilidad también le gustaba fundir crucificados. Alberto Aguirre nos reprochó a los nadaístas que nos gustaran los burgueses. No todos nos gustaban, ni todo el

tiempo, porque a veces preferíamos la compañía de los malandrines, pero es innegable que algunos eran encantadores, simpáticos, y cultos, y buenos anfitriones. Algunos tenían hijas hermosas y esposas apetecibles. Y la prosperidad nunca fue para nosotros un defecto.

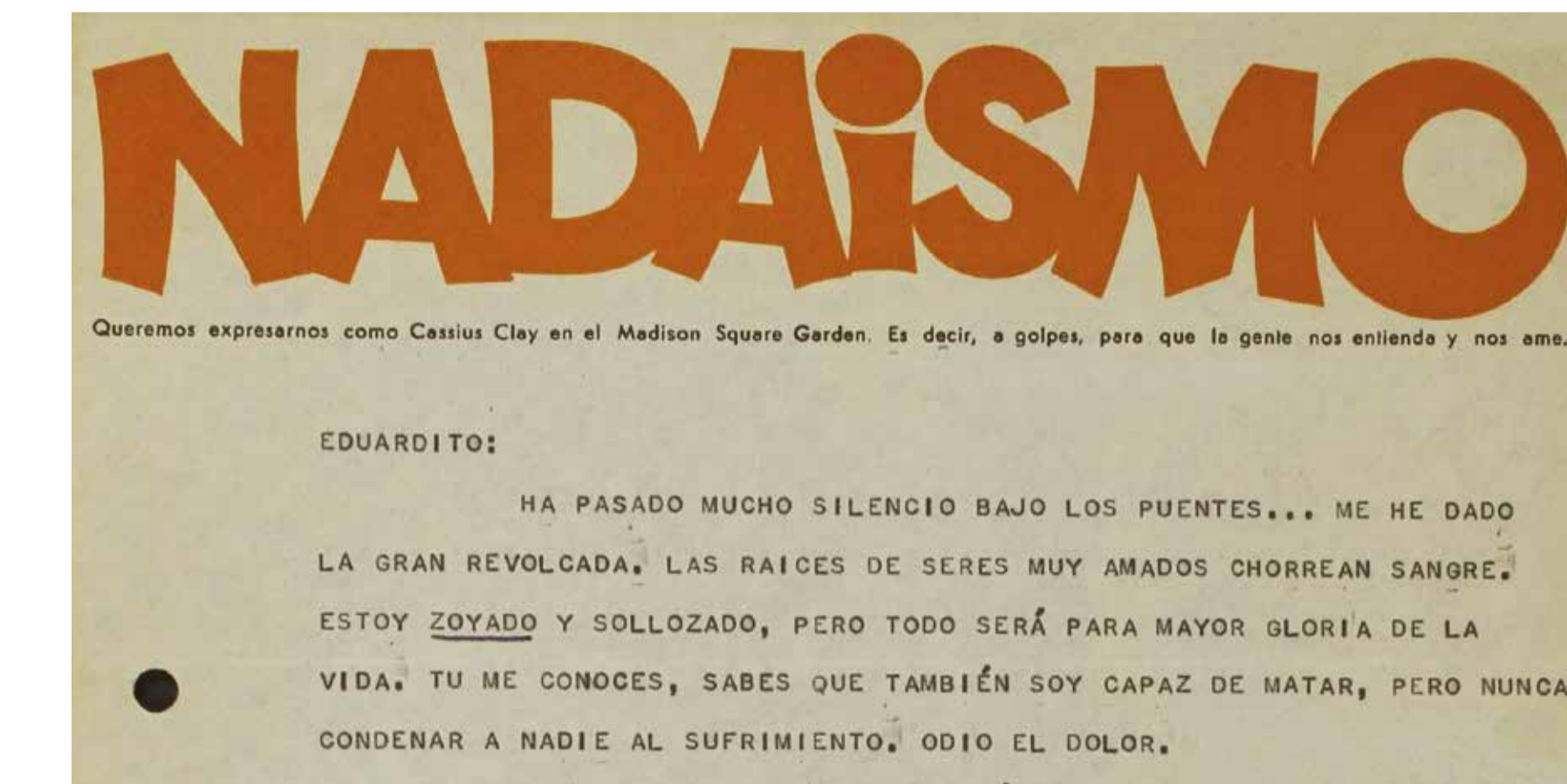
Tengo memoria de rencoroso. Si he olvidado muchas cosas a pesar de todo, poca cuenta me di. Es posible que algunos recuerdos se vayan en puntillas. Pero son los que no valen la pena.

Cuando Gonzalo Arango escribió *Medellín a solas contigo*, esa ciudad era mucho más apacible. Y su elogio está lleno de nostalgia, como si se muriera de amor por Medellín mientras la condenaba por sus vicios sin dejar de adorar el esplendor de sus jardines y la calidez de sus noches estrelladas. Me recuerda un profeta Jesús con calzones de gabardina y chaqueta de pana llorando sobre Jerusalén. Al fin y al cabo había resuelto que era un profeta como Jesús. A veces hizo el pretencioso.

La ciudad al menos en el interior de nosotros estaba llena de tormentos e incubaba un futuro de atrocidades también. ¿Y por qué tenía que asustar de ese modo a un poeta que no había cumplido cuarenta años y a veces se sentía un genio y un profeta y a veces un gusano?

Mi memoria mantiene intactos aquellos días. Soy el espejo que resguarda de la fatalidad esos días, aunque sea un espejo incoherente. Son terribles las incoherencias de los espejos. Si no se puede confiar en los espejos todo está perdido.

Aquí siguen mis amigos de aquellos tiempos, vagando objetivamente contra las artimañas de la cronología como si nada, en suspensión entre laberintos de neuronas, impulsos eléctricos y caldos de hormonas y proteínas. Son mis sombras de repuesto. Mis egos de entrecasa. La prueba reina de que me encuentro aquí todavía. Van y vienen por mi espacio mental, unas veces con las caras que



usaban cuando nos conocimos y otras con caras envejecidas y cansadas desplazándose por distintos escenarios: un cafecito de pobres del barrio Boston con moscas patinando en las mesas, una casa de tres puertas en un páramo en las goteras de Bogotá, una chacra en las afueras de Mitú cerca del seminario del obispo Belarmino Correa, o en un automóvil conducido por un loco a cien kilómetros por hora, vomitando el alma a las tripas por la ventana.

Cuando Gonzalo escribió esa prosa Amílcar Osorio ya tenía esa joroba que se fue con él a la tumba. Pero todavía no tenía esa camisa de seda que le regaló mucho más tarde el publicista español, Zuleta, el que se afeitaba la cabeza y se vestía de rojos y amarillos de Nueva York y paseaba un perro afgano por La Playa. Y aún no tenía las muelas rotas que empezó a perder más tarde, a los cuarenta. Aunque ya exhibía el rictus de altanería que le sirvió para ocultar con el desdén la amargura y la timidez con la arrogancia. Entonces Amílcar ya justificaba sus desidias diciendo que no valía la pena escribir, ni nada, que según había descubierto el planeta estaba destinado a romperse contra una estrella de la constelación de La Lira haciéndolo todo inútil. Y que sus únicos consuelos eran los amigos, la poesía de Rimbaud, los relatos de Butor que parodiaba, dormir hasta el mediodía y los cigarrillos Chesterfield. Lo demás le importaba un carajo.

Gonzalo Arango estaba, cuando escribió esas notas enamoradas, muy ofendido con Amílcar porque lo había llamado a sus espaldas “la garza lacrimógena”. Y para aislarse cruzaba los brazos en equis sobre el pecho en un ademán chamánico de protección. Una vez me dijo: “A veces creo que nos tomamos demasiado en serio”. Y agregó, “pero así debía ser. Toda aventura pide seriedad. Y nosotros no vinimos a durar sino a vivir. Lo otro es rutina”. Y me pregunto ahora si no se daba cuenta cómo se había vuelto rutinaria para nosotros su chaqueta de pana color chocolate que solía llevar echada en la espalda como una cruz de trapo, como si no tuviera otra. Pero es que no tenía otra.

Humberto Navarro según recuerdo había adquirido ese tic que le obligaba a proyectar la lengua sobre el esternón de modo que parecía que estuviera vomitando un salmón canadiense. Y proclamaba que la vida no es más que un gastadero de ropa. Entonces, abría unos inconmensurables, disparatados ojos tristes que se fueron volviendo grises con la edad, ojos de niño aporreado en el reformatorio de Fontidueño donde los guardias llevaban perreros y abusaban de los muchachos.

Alberto Escobar no había echado esa barriga que lo precedió más tarde como un siervo que le abría paso. Nadie había pensado que la constitución genética le iba a deparar esa panza benemérita. Guillermo Trujillo cloqueaba. Y pensaba friamente que la guerra es una vieja costumbre humana y que cumple una función en el control de la población. Una tarde apareció entre nosotros con el último libro de Pablo Neruda de Editorial Losada que había comprado en la librería Horizonte del cojo Federico Ospina.

Dariolemos no había comenzado a sentir esa pulsación en los dedos gordos de los pies que anunciaba la gangrena que lo mató. Y se sentía inmortal. Y todavía no pensaba que los sufrimientos nos lucen siempre que estemos bien afeitados y limpios, y que el nadaísmo es un patíbulo, una forma de desangrarse como un romano antiguo.

Elkin Gómez orgulloso de su nariz de catador de perfumes, dientes de mulo, vestido impecable de paño inglés, estaba recién salido del ejército, contento de volver a vivir con sus tíos Antonio María y María Antonia que ya están muy viejos y necesitados de compañía. Estaba leyendo a Tomás Carrasquilla. Los demás se burlaban. Carrasquilla es una pérdida de tiempo desde que existe Kafka, le decían. Y él sonreía y se tragaba un sarcasmo que todos veíamos pasar por su garganta hecho un nudo, haciendo subir y bajar como un yoyo el hueso de Adán.

Sigo viendo a Marta Isabel Obregón y a su marido Rafael Arango, el arquitecto, haciendo esfuerzos por mantener la boca cerrada para no decir lo que pensaban; mientras Fabio Arango, el agrónomo, recitaba el ditirambo que le escribió a Marta Traba de quien estaba platónicamente enamorado, ditirambo que leyó a medias en el primer recital nadaísta en el Museo de Zea, porque solo iba por la mitad cuando llegó a sabotear la velada con un discurso contra el Frente Nacional, espantando a la gente y vaciando el auditorio, ese muchacho que después fue comunista y vivió en Rusia y al regresar se volvió liberal de la línea corrupta y fue embajador.

Todos están ahora muertos, son un puñado de nombres y unas imágenes diluidas en las aguas revueltas y oscuras de mi memoria. Y los huesos de Gonzalo Arango se extraviaron entre homenajes porque todo el mundo se siente autorizado para tenerlos, aun sus parientes que en vez de quererlo se avergonzaban de las cosas que escribía y de las cosas que predicaba. Y yo lo sobreviví sin más mérito que el deber autoimpuesto de resguardarlo del olvido que de todo se acuerda. Y vuelvo a leer *Medellín a solas contigo*. Y me conmueve más que antes.

Medellín era entonces una ciudad más inocente donde se podía caminar en plena noche sin peligro. Hasta los pequeños criminales de puñalera tenían algo angelical con sus cabelleras engominadas. No eran malos tipos. Les gustaban las pequeñas crueldades, asustar a los transeúntes de la madrugada para sentirse importantes y probarse que valían algo en un mundo vacío de sentido. Y admiraban a los nadaístas. Mientras los policías nos perseguían, los hampones nos amparaban. Y nos daban la campana cuando llegaban las radiopatrullas de la requisita a ver si llevábamos marihuana en los bolsillos. Esos tiempos incomprensivos cuando una “pelpa” de marihuana comprada en la Estación Villa y que valía un peso, te marcaba para un carcelazo largo, largo, incluso en Araracuara, que tiene un paisaje tan bonito, incluso en Gorgona, rodeada de tiburones. Pues la hoy terapéutica planta originaria de la India remota, era entonces cosa del diablo. Y todos los que se creían cuerdos estaban convencidos de que conducía a la locura. Sin percatarse de que los locos eran ellos. ©

Analizar, enfocar, elegir las herramientas correctas y saberlas utilizar... www.cohete.net

En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...

Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal. Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31 www.kaldi.com

Casa sola

por MAURICIO LÓPEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Rubiela Orozco sabe cuando alguien va a tocar la puerta de su casa por el simple hecho de que siempre está vigilante; a la espera de que algo, o alguien, la despierte de su marasmo. Cuando sucede, cuando alguien por fin abre la ruidosa reja del primer piso y se encamina por las estrechas escalas que dan a su puerta, ella se levanta de su sillón y corre a la cocina como si hubiese sido descubierta cometiendo un delito. Luego se da media vuelta y, cuando oye el timbre, camina despacio hasta la ventana, la abre de un sopetón y con huraño semblante pregunta: “¿A quién necesitas?”.

La soledad de la casa de Jorge Ochoa y Rubiela Orozco no tiene nada que ver con el silencio. Es una soledad ruidosa y sofocante. Es una casa sin vecindad en medio del barullo de tres centros comerciales, una vía principal y el trepidante avance de las unidades residenciales Nuevo Naranjal.

Ella, esposa de Jorge, es trigueña, de cabello canoso, rostro redondo y ojos inquisidores. Ha vivido sin vecinos desde hace más de veinticinco años; y pasa la mayor parte del tiempo sola, pues Jorge trabaja como camionero y en ciertas ocasiones se aleja del hogar por uno o dos meses. Cercanos ambos a los 60 años, Jorge y Rubiela no se imaginaban, en los albores de su tierno enamoramiento, que la escasa comunidad a la que pertenecían se iba a disolver súbitamente para darles paso a dos palacios del consumo y el entretenimiento. La casa, ubicada sobre la 65, entre San Juan y la quebrada La Hueso, hacía parte de una hilera de hogares que Tejicóndor mandó construir en 1939, junto a la fábrica principal. Pero, luego de que a mediados de los ochenta muchas de las viviendas fueran vendidas o abandonadas, en 1995 la textilera le cedió los terrenos a Makro y desapareció, junto con la pequeña comunidad de empleados que vivían bajo su alero. Solo la casa de Jorge y Rubiela quedó en pie.

Debido a su ubicación, el gigante de las ventas al por mayor no se vio en la necesidad de comprarla, pues en los planos no estorbaba. Tampoco hizo falta comprarla cuando se pusieron los cimientos de otro gran almacén, Constructor, y

entonces, sentenciada al desdén, la vieja casa de Bernardo López, el hogar prestado de Jorge y Rubiela, se convirtió en una anomalía en los planos de la ciudad y para los taxistas.

Jorge y Rubiela se conocieron en los primeros años de los ochenta del siglo XX. Él era taxista y ella modista. Jorge era buen mozo: alto, flaco, cabello bien peinado y un bigote al estilo de los grandes boleristas antillanos. Ella era “una negra hermosa y brava”. Altanera, pero de aspiraciones sensatas. “Yo solo quiero que me prometa que me va dar casa dónde vivir y que la nevera nunca va estar vacía”, le exigió a Jorge en el albor de su amorío. Jorge no tenía en qué caerse muerto, pero aceptó las condiciones de Rubiela porque estaba convencido de que en Medellín cualquier sueño era posible.

“Uno con un clima de veinte grados, con viento todo el santo día y con trabajo a disposición. Uno en la mejor ciudad del país. Imagínese, así se ilusiona cualquiera”, cuenta Jorge, quien en esos tiempos todavía vivía con sus padres, en San Javier, rodeado de vecinos, amigos y familiares. Bernardo López, un generoso tío suyo y dueño de una empresa de taxis, no solo le dio trabajo sino que le abrió la puerta de su casa de Tejicóndor a la joven pareja.

El matrimonio salió adelante y la vida prometía ser, al menos, muy tranquila para los enamorados. Tenían casa, trabajos y cada fin de semana subían al estadio para ver fútbol aficionado en las mañanas y, en las tardes, al Atlético Nacional. Jorge aprovechaba cada momento junto a su esposa, pues sus viajes eran frecuentes y largos. Muy pronto Rubiela quedó en embarazo, de modo que sus primeros años como madre los pasó sola o en compañía de sus hermanas. Tuvieron dos hijos: Julieth y Juan David.

Entonces, la vecindad comenzó a esfumarse. Rubiela no se dio cuenta de la desertión hasta que sus hijos crecieron y le dejaron más libertad. Era 1994 y ya habían asesinado a Andrés Escobar, una tragedia apenas comparable, según Rubiela, con la noticia que meses después leyó en *El Colombiano*: “Tejicóndor vende sus terrenos a Makro”.

Un día se sentó en el balcón para descansar y se asombró al ver que

la casa de doña Rosa estaba vacía. Pero fue mayor su sorpresa cuando al siguiente fin de semana la estaban derrumbando. Salió a la calle para preguntar qué pasaba y le contaron que la fábrica tenía pensado vender los terrenos. “Y entonces qué va pasar con nosotros”, preguntó angustiada, pero apenas recibió un gesto como respuesta. Su marido estaba viajando a Guainía y volvería en dos semanas.

“Me dolió mucho saberlo porque a nosotros nadie nos había dicho nada. Es más, nunca nos tocaron la puerta para

avisarnos. Éramos, y aún somos, un cero a la izquierda”, expresa con melancolía Rubiela, quien con sus hijos estudiando y su esposo viajando, vio cómo su vida comenzaba a marchitarse poco a poco.

Cierta día, la señora comenzó a asomarse a la ventana o al diminuto balcón de su hogar y solo veía presurosos transeúntes, o carros y motos a toda velocidad. Lo más extraño era que quienes pasaban frente a la casa no se percataban de su existencia y seguían de largo como si fuera invisible. Rubiela le jalaba las orejas a un pequeño perro que tenía para obligarlo a ladrar y así llamar la atención de los caminantes, pero nadie levantaba la vista. Cuando su hija y su esposo volvían por las noches, Rubiela guardaba silencio sobre su creciente soledad, hasta que no pudo más y, durante una cena, les dijo: “Creo que nos estamos evaporando. Ya no conocemos a nadie. Ya nadie nos conoce”. Tras escucharla, Julieth soltó una carcajada y la llamó exagerada. Jorge no dijo nada, tragó saliva y continuó comiendo. En la intimidad de la habitación matrimonial, Jorge le dijo a Rubiela: “Mija, le voy a dejar una plata para que salga, para que vaya a Makro o al Centro a juniniar”.

No pueden vender la casa, pues todavía le pertenece a Bernardo López y, además, “¿para dónde nos iríamos?”, se pregunta Jorge Ochoa, víctima de una bala perdida que le dio justo en la pierna izquierda en agosto de 2013. Iba rumbo a Quibdó, Chocó, manejando un poderoso camión cargado de electrodomésticos. En el camino se topó con un enfrentamiento entre la guerrilla del



ELN y el Ejército, y aunque paró para resguardarse no pudo evitar el impacto de un proyectil de AK-47. Al menos conservó la vida, pero desde ese día Jorge Ochoa camina renco, y por eso ya no le gusta escuchar *Pedro Navaja*, porque perdió “el tumbao que tienen los guapos al caminar”.

La casa de los Ochoa Orozco tiene dos pisos, un balcón, una terraza y un garaje. En la planta baja vive Juan David con su esposa Pilar y su pequeño hijo Juan Miguel. En el segundo piso viven Jorge, Rubiela y Julieth. Se trata de una casa de al menos setenta años, aunque no los aparenta.

Muy pocos se percatan de su existencia, y si se le pregunta a algún taxista, este estará dispuesto a jurar sobre una biblia que a ese lado de la 65 no habita nadie. Los Ochoa Orozco, habitantes silenciosos de la vivienda, se han visto en constantes aprietos a la hora de pedir taxis o domicilios.

Pero la prueba de tolerancia más exigente es tener que soportar a los conductores de camiones y taxis que, en la madrugada, paran a hacer sus necesidades en el costado derecho de la casa; o a los borrachos que se orinan en la parte trasera antes de continuar con sus hipos.

No hay mucho que ver por las ventanas. En frente, Corantioquia y el futuro comunitario expresado en el plan parcial Nuevo Naranjal, una serie de gigantescos edificios que se empujan ladrillo a ladrillo como queriendo ocultar el poniente para siempre. Detrás, los centros comerciales, bodegas y amplios parqueaderos. Al costado derecho un pequeño y descuidado sembrado de

pencas y matas de monte, y un par de eucaliptos que le dan sombra a la ciclorruta. A la izquierda, el ingreso vehicular a los centros comerciales. Excepto el frente, todos los muros de la casa están dibujados con grafitis: un Gregorio Samsa transformado en escarabajo en el muro trasero; la palabra *fire* y los rostros desaliñados de varios seres extraterrestres en la pared izquierda; y un ser ancestral y mitológico de piel azul y cráneo volcánico en la pared derecha, acompañado por una familia de sonrientes zorros esquizofrénicos.

A Jorge poco le importa no tener vecinos, pues como camionero está acostumbrado a la soledad. Pero Rubiela no es capaz de disimular las ganas de vivir en un barrio, tener vecinas con quienes hablar de la familia, de los logros de los hijos, de los quehaceres del hogar, de las ilusiones por perder.

Jorge es de carácter fuerte. Habla poco y regaña mucho. Le gusta su casa, pero le preocupa su esposa. Le dice que salga más, que visite a sus hermanas, pero ella no le hace caso. Se queda sola todo el día, acariciando su pequeño perro de pelos grises y negros. Sus contertulias no son otras que las protagonistas de las empalagosas novelas de RCN y Caracol, o las voces que resuenan desinteresadas en la radio. A veces cree que suena el teléfono y corre a contestarlo esperando que sea doña Rosa, para invitarla a un café, pero su ilusión se diluye cuando no escucha a nadie al otro lado de la bocina. Rubiela necesita saber que existe, con urgencia, porque de “de qué vale sentir que uno está vivo si no hay nadie cerca para confirmarlo”. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CUECA LARGA

Supe de Violeta y Nicanor Parra al mismo tiempo, gracias a una bella canción del argentino Jerónimo, quien puso música a la *Defensa de Violeta Parra*, de Nicanor, su hermano. Mucho después supe también que el poema rinde además otro homenaje: a Esteban Manuel de Villegas, poeta español del siglo XVII, cuyo *Sáficos* es un claro antecedente, en su estructura y en sus primeros versos, de la *Defensa...* de Nicanor; homenaje que a la hora de la verdad no resulta extraño, si se piensa que este *enfant terrible* de las letras chilenas es un profundo conocedor de la poesía universal, y que ama y degusta a fondo sus aromas y sabores.

De ese amor surgieron los antipoemas, aunque antes escribió poesías de una transparencia casi extrema, que quizás marcan, por decirlo así, un final del camino. *Hay un día feliz* lo resume todo. En cuanto a los antipoemas, no salen por cierto de la nada. Algunos críticos les encuentran ecos, entre otros, de Henri Michaux, de Jacques Prevert, de Ezra Pound... (Este escriba se atreve a mencionar también nuestro *Suenan timbres*, de Luis Vidales, ese libro precursor de tantas cosas que luego no llegaron a nacer). Pero Parra mezcló todo eso en su propio costal, y ya se sabe el despiporre que armó, para bien de la poesía. Otra cosa —o la misma— es su interés por las tradiciones chilenas. Basta citar su libro *La cueca larga*; de su *Cueca de los poetas*, donde enumera a los más ilustres de su tierra (y que musicalizó Violeta) cito los últimos versos: Dice la gente, sí / no cabe duda / que el más gallo se llama / Pablo Neruda. // Corre, que ya te agarra / Nicanor Parra.

Nicanor va camino de cumplir 102 años de vida. Tiene la asombrosa longevidad de algunos campesinos de Chillán, que es lo que él es. Como lo era su madre, a la que sus hijos llamaban la Veterana, yerbatera y curandera, y como lo fue Violeta, la hermana amada. Él, físico nuclear, docente universitario, poeta y antipoeta. Ella, tejedora, pintora, folclorista, compositora, cantora (sus hijos Ángel e Isabel, que siguieron sus huellas, escaparon por milagro de las cacerías pinochetistas. Exiliados en muchas tierras, aquí estuvieron, los oímos cantar en el Pablo Tobón. Después se los tragó el mundo, y hasta el sol de hoy).

CODA

El argentino Jerónimo llegó a Colombia a probar suerte, siendo casi un desconocido. En estas tierras se apreció su talento, se le acogió, se le admiró. Medellín, en especial, le abrió sus brazos, ganó aquí muchos seguidores y muy buenos amigos. Después se fue a España en busca de audiencias más amplias. Los empresarios y productores de allá le vieron madera y quisieron convertirlo en un baladista ibérico al uso; Jerónimo no pudo o no quiso entrar por ese aro y volvió a cruzar el charco. Finalmente recaló en Antioquia, se hizo “cristiano”, y esa conversión cambió su repertorio. De cuando en vez da uno que otro recital en Medellín, donde divulga sus cantos evangélicos. Entiendo que vive en una pequeña finca en el Oriente antioqueño; allí, supongo, criará gallinas, ordeñará vacas, sembrará hortalizas. Se dio el lujo de elegir un destino. ☹



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

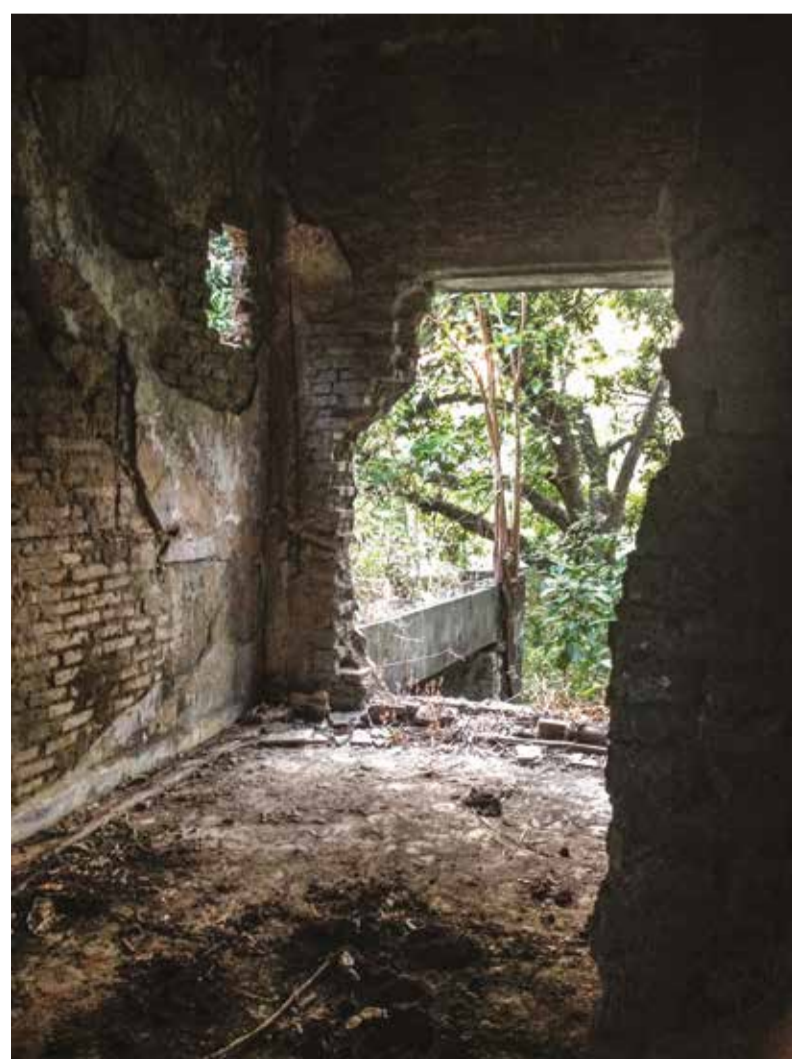
CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

LAS RUINAS DE LA GUERRA

por SILVIA CÓRDOBA

Fotografías por la autora



La primera vez que vine a Camboya fue el 31 de diciembre del año 2000, nueve años después de que se firmara el acuerdo de paz que pondría fin a una guerra civil que duró más de treinta años y de la que nosotros en Colombia apenas nos enteramos por las películas de Hollywood. En esa guerra los jemereros rojos, guerrilla comunista guiada por Pol Pot, aplicaron una estrategia de aniquilación cuya maldad supera cualquiera de las tácticas de Hitler. Casi un tercio de la población del país fue exterminada por ese ejército que anunciaba una nueva era.

Lo que más me gustó de este país hace dieciséis años fue la ciudad de Angkor, una metrópoli antigua de grandes templos, cuna del Imperio jemer desde el siglo IV hasta su abandono en el siglo XV, cuando comenzó a ser cubierta por la vegetación. En ella se veía el paso del tiempo, la selva se había tomado cada uno de los templos y árboles gigantes encontraban su camino en medio de los ladrillos de cientos de años. Hoy, cuando regreso, me maravillan nuevamente las construcciones abandonadas y tomadas por la naturaleza, ya no en los templos de Angkor, donde se rezó primero en honor a los dioses hindúes y luego a Buda, sino en Kep, un pueblo minúsculo en la frontera sur con Vietnam donde estoy desde

hace un mes, una especie de Coveñas en el golfo de Camboya, un paraíso tropical al que llamaron la "Francia asiática", donde los ricos franceses venían a veranear y que fue abandonado de afán entre 1970 y 1975 como todos los demás centros urbanos del país.

Cuando Pol Pot y su ejército de los jemereros rojos se tomaron la capital en 1975, después de cinco años de guerra civil, corrió el rumor de que Estados Unidos iba a bombardear Phnom Penh, la capital. Los habitantes de la ciudad huyeron despavoridos con lo que les cabía entre las manos, quien se negara a salir era asesinado de inmediato, era la estrategia de los vencedores; en cuestión de días todos los centros urbanos quedaron desolados. La gente de todo el país fue enviada a campos de concentración y granjas de trabajo, repartieron grupos para el norte, el sur, el oriente y el occidente; a cada lado mandaron separados a hombres, mujeres, niños y niñas, de modo que incomunicaron a todas las familias por el resto de sus días. Aquí pocos conocen su origen familiar, se inventan los apellidos, todos los viejos son sobrevivientes o veteranos de la guerra (víctimas o victimarios), y todas las personas de mi edad nacieron y crecieron en un campo de concentración. Durante tres meses hubo un éxodo masivo de personas que recorrieron caminando todo el país por la ruta demarcada por

las minas y los soldados; ajusticiaron a quienes ejercían cualquier tipo de liderazgo: profesores, monjes, políticos, médicos, abogados, periodistas, artistas; y todo aquel que no fuera capaz cultivar la tierra debía morir, pues era necesario disminuir la población para refundar el país y comenzar de nuevo en el que se llamó "año cero". Además de separar a las familias y esclavizar a la población, los jemereros rojos también acabaron con el dinero y el sistema económico, utilizaron las pagodas como bases militares y cerraron escuelas, museos y hospitales.

Este pueblo, Kep, es el lugar donde se desarrollaron las últimas batallas de esa etapa de la guerra de Camboya, en 1978 con la invasión de Vietnam, el vecino que está a menos de veinte kilómetros de aquí. Desde entonces ha sido un pueblo casi fantasma, donde durante cuarenta años la naturaleza ha hecho su trabajo sobre las mansiones que construyeron los colonizadores franceses que llegaron en 1856. Hoy, con la limpieza de las minas en todo el país, la construcción de carreteras y el renacimiento de la economía, en buena parte por el turismo, muchas de estas casonas están siendo restauradas para construir hoteles y oficinas del gobierno, aunque todavía el centro de la ciudad (si es que aquí hay un centro) está ocupado por muchas de esas fincas desoladas. En algunas de ellas viven familias de camboyanos pobres que las han tomado como propias, con la certeza de que en cualquier momento algún poderoso llegará a desalojarlos asegurando que son de su propiedad, aunque nadie sepa a quién pertenecieron hace cincuenta años, porque después de la guerra en Camboya se aplicó una premisa simple: la tierra es de quien la habita. Algunas casas, muy pocas, tienen grafitis en sus paredes. Cuando pregunté por los artistas me dijeron que son pintados por extranjeros, porque aquí no se habla de rebeldía, aunque los jemereros rojos lideraron un movimiento rebelde y de resistencia que tuvo "éxito" en su momento; tampoco se habla de política, y mucho menos de la guerra, que aunque ya se terminó sigue presente en estas casas que les recuerdan a camboyanos y a extranjeros que aquí pasó algo serio.

Por las tardes, después de terminar mis clases, me gusta coger la bicicleta e irme a andar la ciudad que está a tres kilómetros del que ahora es mi hogar. Me gusta cruzar esos altos muros viejos para entrar a las casas, sola y sin permiso, y buscar en ellas lo que no se me ha perdido. Imaginarme cuál era la alcoba principal, cuántos hijos tenían, cómo eran las fiestas en esos amplios salones de ventanas enormes. Encuentro especial gusto en el baldosín de los baños, y en la forma en que los árboles encuentran camino para germinar entre el cemento. A veces me encuentro con algún camboyanos que se asusta tanto como yo al verme entrar, tal vez pensando que será la rica extranjera que les hará descolgar su hamaca de mi propiedad. Siempre tengo miedo de encontrarme con una culebra o de pisar esa mina que no detectaron las máquinas. Tal vez un día me encuentre un hueso, o un tesoro enterrado, pero lo que más me gusta es encontrar pedacitos de arte efímero en estas paredes de casas desahuciadas, ahí, esperando que pase el tiempo, hasta que los árboles, o el progreso, decidan su futuro. ©

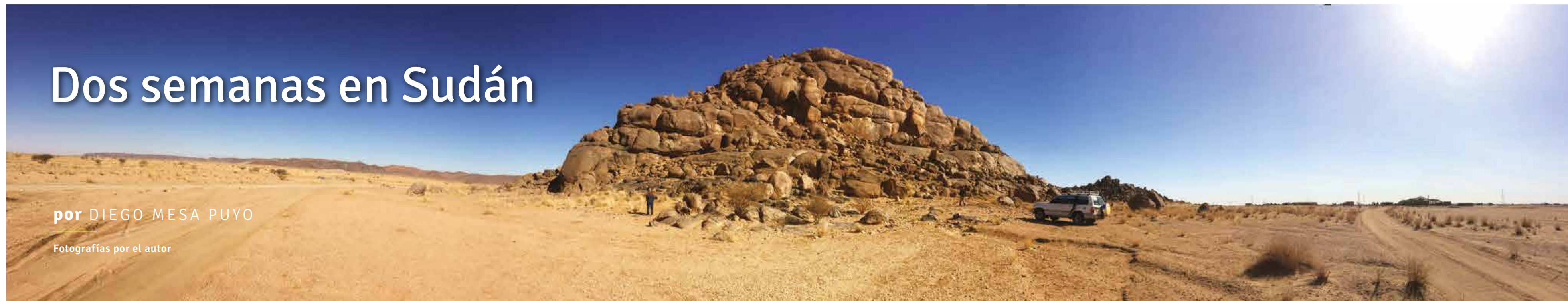




Dos semanas en Sudán

por DIEGO MESA PUYO

Fotografías por el autor



Camino Meroe.

—¿Cuánto tiempo va a estar en Jartum? —le pregunto al señor que está sentado a mi lado en el avión que nos lleva de Doha a la capital sudanesa, en un vuelo de casi tres horas que cruza la península arábiga y el mar rojo para llegar al continente africano. Es un hombre de contextura gruesa, bigote tupido, canoso y con anteojos cuadrados. Aunque tiene rasgos árabes, lleva puesto un traje europeo.

—¡Veinte horas y 44 minutos! —me responde el viejo libanés al instante, explicando que va a una reunión de negocios y que su deseo es regresar a Beirut lo más pronto posible. Continúa diciendo que este viaje lo hace varias veces al año y me deja claro que tiene minuciosamente calculados sus movimientos en Jartum para minimizar el tiempo que debe permanecer allí. Vió en esa ciudad por más de dos años, cuando le fue encomendada la tarea de abrir una sucursal del banco para el cual trabaja. Luego me anima a pedirle un “té escocés” a la azafata, en una clara alusión a un whisky, antes de que entremos al espacio aéreo sudanés y la ley islámica se imponga rigurosamente en todo el territorio de este país mayoritariamente musulmán donde, por supuesto, el alcohol es ilegal e inmoral.

Así me daba la bienvenida Sudán, un país complejo y de muchos contrastes que acaparó la atención del mundo occidental en 2004 por el brutal conflicto que estalló en la región de Darfur. Sin embargo, después de dos semanas en Sudán, y tanta tinta y sangre derramada en esa tragedia étnica, política y humanitaria, creo más interesante escribir

las historias y las visiones que me cautivaron durante mi estadía.

Sudán fue una preciada colonia británica hasta mediados de los años cincuenta y desde su independencia hasta hace cinco años, quizás como resultado de una ambiciosa delimitación inglesa, ostentó el título de ser el país más grande de África. En 2011, después de la firma de un tratado de paz que en su momento la comunidad internacional calificó como exitoso, el sur del país, con una población mayoritariamente cristiana y negra, proclamó su independencia tras décadas de una guerra étnica y religiosa con el gobierno de Jartum.

Pese a haber perdido un tercio de su territorio con la secesión del sur, incluyendo sus yacimientos petroleros más prolíficos, Sudán sigue siendo poseedor de una biodiversidad única en el continente. El país está estratégicamente situado en la intersección entre África del Norte y África Subsahariana, donde las grandes sabanas africanas, con sus jirafas, leones, búfalos, elefantes y rinocerontes, se mezclan con los infinitos y desérticos paisajes del Sahara en el que apenas sobreviven algunas tribus nómadas con sus toldos, sus camellos y sus cabras.

Como complemento a estos dos paisajes geográficos, Sudán también alberga en su territorio al mar Rojo, que en realidad es profundamente azul y cuyos alucinantes arrecifes coralinos conocidos al mundo gracias a las legendarias expediciones de Jacques Cousteau en las aguas de Puerto Sudán, en la provincia de Al-Bahr al-Ahmar. Finalmente, Sudán es atravesado de sur a norte por el gran río Nilo, con sus cauces cambiantes

provenientes de Uganda y Etiopía, que también atraviesan a Egipto antes de desembocar en el Mediterráneo.

La historia política y religiosa de Sudán, la cual había investigado en las semanas previas a mi viaje, incrementaba mi curiosidad por este país ajeno a las guías turísticas internacionales. La religión ha tenido un papel clave en Sudán: desde los largos procesos de cristianización y posterior islamización a principios del milenio pasado; pasando por las administraciones seculares que gobernaron al país tras su independencia del imperio británico en 1956; y terminando con el fanatismo islámico introducido a la fuerza a principios de los años ochenta, y que hoy continúa vigente, aunque más moderado.

Hasta la introducción de la ley islámica en 1983, Sudán era considerado uno de los países musulmanes más liberales de la región. Los ingleses habían dejado un servicio público educado, y los miembros de la élite sudanesa que estudiaban en las mejores universidades europeas y norteamericanas, por lo general regresaban al país a compartir su conocimiento. Luego de la independencia Jartum se posicionó como una de las capitales más refinadas de África. Uno de los legados más importantes de esta época fue la Universidad de Jartum, la cual contaba con una nómina de profesores europea y los claustros europeos. Inclusive, en los años sesenta no era raro encontrar jóvenes ingleses en la facultad de medicina que tras cinco o seis años de estudio regresaban a ejercer a Gran Bretaña y competían de igual a igual con los médicos recién egresados de las universidades del viejo continente.

Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar durante el gobierno de Yaafar al Nimeiri, quien inspirado por la revolución socialista que libraba el general Nasser en Egipto, y en alianza con el partido comunista, llegó al poder a través de un golpe de Estado en 1969. Una vez en el poder, Nimeiri se dedicó a erradicar a sus opositores. Las primeras víctimas fueron los miembros de un movimiento religioso islamista que lideró varias demostraciones en contra del gobierno en 1970. La respuesta de Nimeiri a los opositores fue atacar su base espiritual ordenando un feroz asalto aéreo sobre la isla de Aba, en el que contó con el apoyo de cazabombarderos liderados por el joven jefe de la fuerza aérea egipcia de la época, un tal Hosni Mubarak. Años más tarde la izquierda sudanesa empezó a desligarse de Nimeiri y a cuestionar sus polémicas actuaciones. Nimeiri cambió gradualmente su discurso y terminó aliándose con grupos religiosos como los Hermanos Musulmanes y el Frente Nacional

Islámico, a quienes invitó a conformar un gobierno de reconciliación nacional a finales de los años setenta. La alianza con estos movimientos, que contaba con el apoyo del joven líder de la revolución libia, el coronel Muamar Gadafi, marcó un punto de quiebre en la historia moderna de este país africano.

Uno de los personajes más influyentes en la historia política de Sudán, Hassan al-Turabi, ingresó al gobierno de Nimeiri en 1979 como fiscal general de la joven república. Turabi era un reconocido jurista y académico, doctor en derecho de la universidad de La Sorbona de París, con estudios en Londres y Estados Unidos, y miembro destacado de la organización de los Hermanos Musulmanes. En sus escritos siempre se mostró como un pensador democrático y progresista, pero sin esconder su devoción por el islam. Sin embargo, sus posiciones políticas y religiosas se fueron radicalizando a medida que crecía su poder al interior del gobierno. En septiembre de 1983, Nimeiri, probablemente bajo la influencia de Turabi, introdujo súbitamente la ley islámica en todo el territorio nacional, obligando a los habitantes del sur del país a cambiar sus nombres cristianos por musulmanes e instaurando el árabe como lengua oficial. Con la introducción de la ley islámica las mutilaciones y las ejecuciones de apóstatas y opositores del régimen se volvieron corrientes a lo largo y ancho del país.

Nimeiri creía tener controlado al pueblo y a la clase política, pero malos manejos económicos, desacuerdos con los partidos de la coalición de gobierno, y una devastadora pero evitable hambruna en la región de Darfur, terminaron por tumbar al régimen en 1985. El nuevo golpe de Estado desembocó en un corto régimen militar y el llamado a elecciones parlamentarias en 1986.

Entre 1986 y 1989 Sudán tuvo quizás el único gobierno realmente democrático de los últimos cincuenta años. Desafortunadamente este periodo duró poco, pues Turabi se las ingenió para dar un nuevo golpe e instalarse en el poder por interpuesta persona. El 30 de junio de 1989, se proclamó como presidente de Sudán el brigadier-general Omar al-Bashir. El nuevo presidente era en realidad la cabeza visible de un concejo militar que secretamente había jurado alianza y obediencia a Turabi y a su Frente Nacional Islámico.

El nuevo régimen les abrió las puertas del país a islamistas radicales bajo la sombra del naciente Congreso Popular Árabe e Islámico, que celebró su primera reunión en Jartum en 1991. Los principales miembros del Congreso, del cual Turabi era el secretario general, incluían a Hezbolá del Líbano, la

Organización para la Liberación de Palestina, el grupo yihadista Hamás y el Frente de Salvación Islámico de Argelia. Además de estos grupos, el Congreso también atrajo a muchas personas que simpatizaban con la ideología islamista pregonada por el nuevo régimen de Jartum. De estos “ilustres” personajes, hubo uno en particular que entabló muy buenas relaciones con el régimen, en especial con Turabi. Se trataba del descendiente de una acaudalada y poderosa familia saudí, conocida por sus grandes inversiones en construcción y propiedad raíz, de nombre Osama Bin Laden y quien terminó estableciéndose en el país por varios años.

Las oscuras relaciones del nuevo régimen, sumadas a dos incidentes internacionales que incluyeron un ataque con explosivos en el sótano de las torres gemelas de Nueva York y un atentado contra el presidente egipcio en Adís Abeba, llevaron a Estados Unidos a incluir a Sudán en la lista de estados auspiciadores del terrorismo en 1993.

Esto desencadenó una serie de sanciones económicas y políticas que aún continúan vigentes. A raíz de las sanciones el país sufrió un aislamiento económico y diplomático que llevó al gobierno y al Frente Nacional Islámico a expulsar a Turabi de sus filas. Omar al-Bashir demostró ser un dirigente más pragmático y actualmente continúa dirigiendo Sudán, pese a ser el primer presidente en ejercicio condenado por la Corte Penal Internacional por las atrocidades cometidas en Darfur.

Con este marco histórico como telón de fondo, bajé las escaleras que conectaban la puerta del avión con la pista del aeropuerto internacional de Jartum. Eran aproximadamente las doce y media de la noche de un martes de finales de enero, y una agradable brisa, fresca y serena, saludaba a los pasajeros que descendíamos de la aeronave. Una vez en tierra identifiqué a un hombre de baja estatura que sostenía un cartel con mi nombre y me invité

a abordar una pequeña buseta que nos conduciría al terminal aéreo para efectuar los trámites migratorios.

Para mi sorpresa, la buseta nos condujo a una pequeña edificación localizada a un costado de la terminal principal. Al bajarnos, mi amable anfitrión, Mohamed, me pidió que pasara a una sala de espera mientras él se encargaba de gestionar mi entrada al país. En la sala, un camarero me ofreció una variada selección de cafés, té y una bebida tradicional sudanesa, carcadé. Fiel a mi naturaleza curiosa, pedí un vaso de esa bebida roja, agri dulce y refrescante, que más tarde me daría cuenta era ubicada en Jartum. Cuarenta y cinco minutos más tarde regresó Mohamed con mi pasaporte sellado y nos dirigimos al terminal principal para reclamar el equipaje. Abordamos un vehículo conducido por un joven sudanés también llamado Mohamed, y anduvimos la cuadra y media que separaba las dos terminales del aeropuerto. Con solo un par de horas en Jartum, la primera impresión que registré

fue la de un aeropuerto congestionado donde a pesar de las sanciones económicas gringas, todos los pequeños carros que empujaban los maleteros llevaban un gran cartel publicitario de Coca-Cola.

Con el inicio del boom petrolero en 1999, Jartum se posicionó como el espejo de las grandes urbes que se erigían en el golfo pérsico. En poco tiempo se levantaron edificaciones de gran altura, dándole a la ciudad un aire de modernidad poco común en África. Por otro lado, las construcciones coloniales habían sido en su mayoría bien conservadas, creando un cautivador panorama arquitectónico, que a su vez es adornado por la confluencia del Nilo Azul, procedente de Uganda, y el Nilo Blanco procedente de Etiopía. Una de estas impresionantes edificaciones era el hotel en el que me hospedaría en Jartum. El Burj Libia, más conocido como el hotel Corinthia, fue inaugurado en 2008 y se calcula que su construcción, financiada por el gobierno libio, costó aproximadamente 130 millones de



Aeropuerto.



Cambiando dólares.



Corinthia.

dólares. Con sus 18 pisos y un diseño arquitectónico ultramoderno, el hotel guarda una semejanza con el Burj Al Arab de Dubái, considerado el hotel más lujoso del mundo. Sin embargo, en los corrillos locales se refieren a él como “el huevo de Gadafi” por su forma ovalada y vertical, y su color blanco resplandeciente que lo hace sobresalir desde cualquier punto de la ciudad. Aparte de las comodidades de un hotel de este tipo, quizá lo mejor que tiene el Corinthia es una inigualable vista de las tres metrópolis que conforman la capital sudanesa: Jartum, Omdurmán y Jartum Norte. Desde los últimos pisos se pueden observar perfectamente estas tres urbes, sus edificios modernos y coloniales, el sistema de puentes que las unen, y la Isla Tuti que las separa y que parte al Nilo Azul en dos, antes de juntarse con el Nilo Blanco. Como recordatorio de las sanciones económicas, y no obstante la elegancia del Corinthia, en la recepción hay una placa que avisa a sus huéspedes que las tarjetas de crédito son un concepto foráneo en Sudán, y por lo tanto el hotel solo recibe efectivo en moneda extranjera o local.

En Jartum visité el Museo Nacional y sus imponentes exhibiciones de todo tipo de ruinas, esculturas y pinturas de la época faraónica, y de los periodos de cristianización e islamización del país. También recorrí el antiguo palacio presidencial, convertido en museo desde que los chinos, como es su costumbre en este continente, le obsequiaron a Sudán un palacio más grande y moderno. El antiguo palacio, de corte colonial, tiene un espacio especial en la historia del país. Fue allí donde el mayor general y gobernador de Sudán, Charles George Gordon, fue derrotado y decapitado en 1885 por los seguidores del Mahdí, un líder religioso musulmán que se había autoproclamado califa. Los seguidores del Mahdí exhibieron victoriosos la cabeza de Gordon a la entrada del palacio por varios días, provocando la ira del imperio británico. En 1898 un gran batallón británico proveniente de Egipto y comandado por el legendario Herbert Kitchner, mundialmente conocido por su posterior rol protagónico en la Primera Guerra Mundial, invadió Omdurmán y atacó la casa del califa y la tumba del Mahdí, reconquistando a Jartum y al resto del país. La hermosa casa del califa, que cuenta con varios pisos y numerosos espacios cerrados y al aire libre, y con vista directa a la tumba del Mahdí, está muy bien conservada y es una de las principales atracciones turísticas de la ciudad.

La misma suerte no corrió el barco de guerra con cañones de gran alcance en el que Kitchner navegó desde el mediterráneo hasta Jartum para librar la gran batalla de Omdurmán, y que casualmente encontré abandonado en las inmediaciones de un club de vela. En los años ochenta, el famoso Melik, como se conocía al barco en épocas de guerra, se encontraba anclado y en muy malas condiciones en el muelle del club cuando una gran inundación lo expulsó del río, quedando encallado en tierra firme y salvado de hundirse para siempre en el Nilo y en la historia de Sudán.

Jartum exhibe otros dos lugares que son un imán para la brújula de cualquier forastero: el mercado de Omdurmán y el gran complejo comercial de compra y venta de oro. El primero es muy popular los sábados en la mañana y allí se pueden encontrar desde televisores baratos importados de la China hasta sillas de montar para camellos o espadas de acero que alguna vez pertenecieron a los *yanyauid*, unas tenebrosas milicias árabes que se hicieron famosas por sus atroces ataques al lomo de rápidos camellos y caballos en el conflicto de Darfur. El segundo es un edificio desteñido con una infinidad de locales comerciales donde solamente se comercializa oro y plata. Después de la secesión del sur, y como un premio de consolación otorgado por el destino, Sudán encontró oro en grandes cantidades para reemplazar la pérdida de sus reservas petroleras. Como la mayoría de la producción aurífera proviene de mineros artesanales que operan de una manera rudimentaria en los bancos del río Nilo, el mercado local ha crecido exponencialmente en los últimos cinco años y terminó por concentrarse en este gran complejo en Jartum.

Para ir a estos dos mercados y no ser un simple espectador es necesario comprar libras sudanesas a alguno de los tantos agentes de cambio independientes que merodean por las calles de Jartum. Como el gobierno mantiene una tasa de cambio fija, existe un mercado paralelo donde los dólares son pagados a un precio que casi dobla la tasa oficial. En el hotel me cambiaban dinero a la tasa oficial de seis libras sudanesas por dólar, mientras que en la calle a mi amigo Mohamed le cambiaban el mismo dólar por once libras con treinta centavos. Mohamed pasó rápidamente de ser un amable guía turístico a un eficiente asesor cambiario.

Después de varios días en Jartum emprendí el viaje hacia las ruinas del antiguo reino de Meroe, uno de los principales objetivos del viaje. Para poder visitar este milenar lugar, declarado patrimonio de la humanidad en 2011, es necesario obtener una autorización escrita



Meroe.



Jartum.




Casa Califa.

por parte del ministerio de relaciones exteriores. El viaje desde Jartum se hace por la única vía que conecta a la capital con el norte del país y con Puerto Sudán, la cual fue pavimentada en la década de los noventa por una de las tantas compañías que tenía Bin Laden en el país. El paisaje a lo largo del recorrido, que tarda unas tres horas y media, es monótono excepto por unos extensos parajes de montañas rocosas que dan la impresión de que alguien hubiera apilado centenares de piedras gigantes una encima de otra.

Finalmente, al llegar a Meroe uno se encuentra con un panorama extraordinario. Esta ciudad, que data del año ochocientos antes de Cristo, estaba compuesta por un sistema de pirámides de mediana altura, construidas sobre tumbas en la mitad del desierto. El sitio tiene tres espacios diferentes que decidí recorrer sobre el lomo de un manso camello. El primero es una sección donde se encuentran las tumbas de antiguos reyes y personajes nobles de la época, el segundo es una serie de templos religiosos y el tercero es la zona donde residía el común de la población. Uno puede acceder a varias de estas pirámides, las cuales están adornadas con dibujos de animales, jeroglíficos y manuscritos en el alfabeto meroítico. Pese a la majestuosidad del lugar, solo me topé con cuatro visitantes durante las seis horas que permaneci contemplando las ruinas.

Al regreso de Meroe decidimos desviarnos de la carretera principal para visitar la sexta y última catarata del río Nilo, ubicada en un pequeño paraje rural llamado Sabaloga. Aunque este accidente geográfico no le hace honor a su nombre, pues en realidad

es más un rápido de corrientes flojas que una catarata, el contraste entre la tierra desértica y el verde y la vegetación espesa de las vegas del Nilo es sorprendente. No hay ningún tipo de transición entre los dos paisajes, y en un instante uno pasa de un camino polvoriento a extensos cultivos de hortalizas y árboles frondosos.

El regreso de Meroe marcaba el fin de mi excursión a Sudán y no puedo negar que me generaba ilusión poder volver a beber una taza de “té escocés” o, mejor aún, una cerveza helada. Sentado una vez más en la sala de espera del aeropuerto de Jartum, traté de encontrar, entre las memorias del viaje, lo que más me había impactado en las dos semanas en ese extraño país. A pesar de los largos y penosos conflictos que han sufrido, y contrario a lo que se infiere de los cables de las agencias de prensa internacionales, los sudaneses son amables, cálidos y pacíficos. Hasta el más humilde de los pobladores exhibía una actitud protectora y desprendida, digna de un generoso anfitrión. Inclusive, en varias ocasiones me tocó rogarle a los guías o a los taxistas para que aceptaran una merecida propina. El talante de la gente había sido una de las grandes sorpresas. Por otro lado, las confluencias que tienen lugar en Sudán habían marcado cada trayecto del viaje, convirtiéndolo en una experiencia sorprendente: la intersección entre África y el Medio Oriente; las costumbres de un pueblo cristianizado y posteriormente islamizado; residuos coloniales británicos y asomos de la nueva China expansionista; y, por supuesto, la unión del Nilo Azul y el Nilo Blanco en Jartum que le da vida al río más largo del mundo. 



Meroe.

#UnaBuenaDecisión es



reducir la frecuencia de la lavadora.



usar la plancha de ropa solo en prendas muy arrugadas.



ducharse en menos de 4 minutos.



evitar el uso del secador y la plancha para el cabello.

El ahorro del agua y la energía es un compromiso de todos.

epm[®]

estamos ahí.



Cruyff (1947-2016)



por NICO VERBEEK

Ilustración: Verónica Velásquez

El pasado 24 de marzo murió Johan Cruyff (1947-2016), o simplemente JC o el Salvador, en alusión al otro JC cuya pasión se recuerda el Jueves Santo, el mismo día de la muerte de la leyenda del fútbol holandés. Desde octubre del año pasado se le diagnosticó un cáncer de pulmón y en febrero aún estaba optimista sobre su recuperación: "Siento que estoy jugando un partido de fútbol y que voy ganando 2-0 en el primer tiempo, aún no ha terminado, y estoy seguro de que finalmente voy a ganar". Por una sola vez en su vida, no tenía razón.

La historia clínica de JC es larga. En 1991 había sufrido un infarto, siendo entrenador del Barcelona. Fumaba desde muy joven y en su época de futbolista profesional no tenía reparo en encender un cigarrillo en el camerino. Otras épocas aquellas, cuando fumar un cigarrillo no era visto como un atentado contra el prójimo y la sociedad.

JC pudo iniciar su segundo tiempo a partir de ese momento. Superó su problema cardíaco, dejó de fumar y hasta participó en varias campañas contra el tabaco. En una de estas, Cruyff, vestido con su típico abrigo largo de entrenador, hacía la 31 con un paquete de cigarrillos que finalmente chutaba bien lejos, con un rechazo elegante y calculado. La voz de Cruyff acompañaba el sencillo juego: "El fútbol me ha dado todo en la vida, el tabaco casi se lo lleva todo". Según la leyenda, no hubo necesidad de repetir las

grabaciones, pues el viejo crack pudo hacerlo en una sola toma.

Cruyff era, como todos los verdaderos grandes, un futbolista muy prematuro. Nació en una calle de Betondorp (literalmente: pueblo de concreto), un barrio gris y monótono al oriente de Ámsterdam, donde empezó a jugar cuando apenas tenía seis años. A los diecisiete formó por primera vez con el Ajax de Ámsterdam, en el lejano 1964, e hizo su primer gol profesional en ese mismo partido inaugural. Pese a su juventud resultó un jugador determinante. El muchacho no tenía reparos en corregir y criticar a los otros jugadores de su equipo, casi todos profesionales curtidors, rodando los treinta años, como Henk Groot, por entonces la estrella del club holandés.

Aquel muchacho flaco y liviano se convertiría en el cerebro indispensable del llamado fútbol total que inventó Rinus Michels, entrenador del joven Cruyff. Dentro de la cancha, con el Ajax primero y después con la selección holandesa, iban a conquistar el mundo unos años más adelante.

En 1970 Cruyff empezó a jugar exclusivamente con la camiseta número 14. El origen del número sagrado es bien simpático. El jugador Gerrie Mühren, compañero en el Ajax, no pudo encontrar su camiseta antes del partido. Cruyff lo quiso ayudar y le dio su propio número que entonces era, por supuesto, el 9. Después buscó otra camiseta en la

canasta y entre las que quedaban escogió el número 14. El partido que iban a enfrentar era decisivo, contra el PSV, fuerte rival en Holanda, Cruyff jugó como un rey y los de Ajax humillaron ese día al adversario. Como era un hombre terco y supersticioso, JC nunca más quiso jugar con otro número. Cuando cumplió sesenta años, en 2007, el Ajax decidió discontinuar la camiseta con el número mágico, ningún jugador del club se pondrá jamás la camiseta 14.

En todos los equipos donde jugó fue líder indiscutible. No solo por su fútbol sino por su comprensión del juego y por su largo parlamento como técnico en la cancha. Tanto que sus compañeros le daban rápidamente la razón, no siempre porque le creían, sino para que se callara y parara de dar cátedra.

Durante el Mundial de 1974 lideró la selección de la Naranja Mecánica hasta el segundo lugar, que es quizá el subcampeón más memorable de la historia de las copas del mundo. El juego de la selección, con JC como líder, dejó una impresión imborrable en todo el mundo. Siendo el favorito de todos —con excepción de los alemanes anfitriones y adversarios— Holanda perdió la final 2-1 a pesar de dominar todo el partido y generar numerosas opciones de gol. La injusticia del fútbol, dirían muchos, que hace que ese deporte a veces sea tan difícil de disfrutar.

Johan Cruyff no estuvo en el Mundial de 1978 cuando Holanda también

llegó a la final. Jugó su último partido con la camiseta naranja a los 29 años en el estadio de Wembley, siendo capitán y celebrando una victoria 0-2, la primera en la historia para su selección ante los ingleses. La razón por la cual desistió de viajar con la selección a Argentina todavía es un misterio y objeto de múltiples debates. Entre las múltiples teorías que se han tejido, figuran la que sostiene que el jugador no estaba en buena forma física, que no le gustó el país de los gauchos por razones políticas, que pasaba un mal momento luego de un violento atraco en su casa en Barcelona justo antes del Mundial y, finalmente, que su mujer Danny no lo dejó ir.

Después de ganar tres Copas de Europa con el Ajax (1971, 1972 y 1973), Cruyff se fue a jugar al Barcelona de España donde fue recibido como un héroe y bautizado como el Salvador. El club catalán pasaba uno de los momentos más difíciles de su historia y solamente un hombre de las cualidades de JC podía enderezar el camino. Con la presencia de Cruyff se logró la hazaña, pues después de catorce años de sequía Barcelona salió campeón de España en 1974. Y más importante aún, pudo romper la hegemonía del Real Madrid, el club del dictador Franco, odiado en Cataluña.

En 1978 decidió terminar su carrera con apenas 31 años. Todavía le gustaba el fútbol pero estaba cansado de las cosas que rodean el juego, sobre todo la presión mediática a su familia y su vida privada. A partir de ese año Cruyff se dedicó a los negocios pero todo salió mal. Fue víctima de un estafador ruso que le quitó toda su plata y se vio obligado a sacar los guayos de nuevo para poder saldar las deudas.

En 1981 Cruyff regresó al Ajax, después de un exodo con visos de martirio por varios clubes que lo llevó hasta los "experimentos" del soccer en Estados Unidos. Se despidió del fútbol profesional en 1984 siendo jugador del máximo rival del Ajax, el Feyenoord de Róterdam. La razón era que no había logrado ponerse de acuerdo sobre la renovación de su contrato con los directivos de Ajax, algo que sí hizo con Feyenoord y su chequera. Así pudo completar una perfecta venganza contra su viejo club.

Era lógico, dados los antecedentes de JC, que después de su carrera en la cancha vendrían los tiempos del banquillo. Empezó con Ajax y después llegó al Barcelona, a principio de los años noventa. Y el resto es historia, como se dice. Un solo técnico ha ganado más títulos para Barcelona y es su antiguo alumno Josep 'Pep' Guardiola. Cruyff regaló al club su primera Copa de Europa en 1992, pero más importante aún, puso las bases para los triunfos posteriores, marcó un estilo y sin su influencia es poco probable que el Barcelona fuera lo que es ahora, quizá el mejor equipo del mundo. Una manera de jugar derivada del fútbol total o de la escuela holandesa, como dicen en Barcelona.

"Yo no supe nada de fútbol antes de conocer a Cruyff", dice Guardiola, quien como jugador fue uno de los pilares claves del Barcelona de los años noventa, dirigido desde el gabán de Cruyff. JC sembró sus enseñanzas e introdujo su filosofía en tierras catalanas. Jugaba en su favorito sistema de 3-4-3 —con la figura del rombo en el medio campo— y renovaba la alineación del Barcelona casi por completo cada partido. A partir de entonces, ni la altura ni el físico del jugador serían determinantes para ser llamados al primer equipo, sino el talento y la habilidad técnica.

Los logros de Cruyff han dado para muchos elogios y veneraciones, pero JC también ha sido criticado, sobre todo en su país natal, por su personalidad conflictiva y testaruda. Era un negociador muy duro y por eso nunca llegó a ser técnico de la selección de Holanda, lo que los aficionados holandeses consideraban algo indispensable para conquistar la tan anhelada Copa Mundo. Nunca

logró ponerse de acuerdo con la federación de fútbol de Holanda, la KNVB, para asumir ese papel, ni en 1990 ni en 1994, siendo dinero y contratos publicitarios los temas de la discordia.

Durante toda su carrera, JC se opuso al fútbol resultadista, un sistema de juego que odiaba y que consideraba un pecado mortal. Pues para él el fútbol era un deporte de espectáculo, en el que no era suficiente que su equipo ganara un partido "parqueando el bus atrás" y tirando una apuesta al contragolpe. En su filosofía el público debía disfrutar siempre y puesto que lo más bonito para ver es un equipo atacando, entonces todos sus equipos tenían la obligación de atacar. "Resultado sin calidad es aburridor, entonces no tiene sentido", decía.

Hablando de táctica y estrategia, ¿qué era realmente aquel fútbol total del que se ha hablado tanto? Parte de unos principios más o menos sencillos. Rinus Michels los tenía muy claros desde 1970. No dejar descansar a los adversarios, ir tras ellos siempre, pensar todo el tiempo en atacar, en jugar a la ofensiva, usar los delanteros como primera línea de defensores.

El propio Cruyff era un muy buen defensor teórico de su filosofía. Solía decir que "jugar fútbol es muy sencillo, pero lo más difícil que existe es jugar fútbol de manera sencilla". Un sofista del balón. Las muchas frases famosas de Cruyff que sonaban como tapabocas o lugares comunes, sirvieron muchos años, y servirán ahora con mayor razón, como sentencias de una ciencia mayor.

Hay muchas de estas expresiones de Cruyff que se debaten entre verdades reveladas y obviedades, pero siempre llamaban la atención por su lógica indiscutible. Unos ejemplos: "Los italianos no son capaces de ganarte, pero sí pueden perder con ellos", "Si juegas a tener la posesión del balón, no tienes que defender, pues hay un solo balón", "Si nosotros tenemos el balón, los otros no pueden hacer goles", "Yo solamente discuto con el árbitro cuando él no ve lo que tiene que ver o cuando lo ve mal". Muchas de estas frases cruyffianas han logrado meterse en el lenguaje común en Holanda. Por ejemplo la que reza que "cada ventaja trae su desventaja" o la aquella de que "antes de cometer un error, simplemente me cuido de no hacerlo", o "la casualidad en realidad es resultado de la lógica". Para Cruyff todo esto era lógico y no podía entender cuando alguien dudaba de él y sus verdades, y estaba dispuesto a mostrar que tenía razón en largas conversaciones, o lecciones, si se quiere.

La filosofía de fútbol de Cruyff ha sido llevada a todos los rincones del mundo. También en Colombia las ideas del fútbol total de Cruyff y su maestro Michels tuvieron su momento. Los profetas del fútbol total en Colombia fueron Francisco Maturana y Hugo Gallego, ambos fundadores del proyecto de los puros criollos en Atlético Nacional a finales de los ochenta. Maturana y Hernán Darío Gómez lo llevaron, en su versión criolla, a la selección nacional que tuvo éxitos históricos y lograron jugar dos mundiales seguidos (1990 y 1994), partiendo de aquellos conceptos.

El fútbol total llegó a Colombia por Ibagué, en el Deportes Tolima, *of all places*. Maturana y Gallego jugaron en la temporada 1982-1983 en Deportes Tolima, donde conocieron al entrenador uruguayo Ricardo de León. De León estaba al tanto del fútbol holandés. Dirigió a Defensor Sporting de Montevideo en algunos partidos en Holanda, por allá a comienzos de los años sesenta, cuando el fútbol total estaba en pleno fervor. Allí conoció a Rinus Michels y se apropió de sus conceptos básicos. De León los implementó, al regreso, en el Tolima de Maturana y Gallego, y después enseñó una que otra cosa a técnicos como Luis Cubilla y Aníbal 'Maño' Ruiz, ambos con trayectoria en el fútbol colombiano, especialmente en el Atlético Nacional.

Cuando Maturana y Gallego tuvieron que escoger un estilo de juego para el renovado Atlético Nacional de 1987, optaron por ese fútbol total. Es decir: presión alta (en el campo del adversario), jugadores que permanentemente cambian de posición y defensores encargados de tareas ofensivas. La defensa se ponía en una sola línea, se hacía marcación zonal y se usaba un arquero como libero. René Higuita era un jugador perfecto para ese sistema. Maturana vivió un tiempo en España donde pudo continuar intercambiando conceptos de fútbol con Cruyff, con quien hizo amistad en el camino.

Es un lugar común decir que Johan Cruyff era más que un exitoso futbolista y un innovador del juego. Para su país de origen, JC era sin duda el holandés más famoso al otro lado de la frontera, un nombre que podemos mencionar de vez en cuando con orgullo frente a cualquier extranjero para mostrarle que nosotros también contamos en el mundo.

Cruyff fue también un ícono en una época clave de la historia del siglo XX. Puso su sello a los años sesenta y setenta, los años antiautoritarios, con su pelo largo y su pinta de estrella de rock. Empezó a personificar el deportista como objeto comercial y el futbolista emancipado que cuidaba bien su propio destino... y de su propio bolsillo. JC se convirtió en un símbolo de una Holanda de posguerra donde surgió una nueva sociedad, más igualitaria, más democrática, algo rebelde y con hombres y mujeres que buscaban defenderse por sí solos. Un país de personas emancipadas y con menos respeto hacia la autoridad y las jerarquías, tanto en el deporte como en la sociedad en general. Cruyff siempre supo sacar el máximo rendimiento a sus contratos con los clubes donde jugaba y no es extraño que la transferencia del Ajax al Barcelona, en 1973, fuera en su momento la más costosa de la historia.

Alguna vez, en medio de sus "discursos", Cruyff llegó a decir que en cierto modo su figura sería inmortal. Es muy probable que, una vez más, tuviera toda la razón. ☺



LA CONSENTIDA ES LA MONALISA NIÑA

Miradas del Museo de Antioquia a la obra de Fernando Botero · ABRIL - JUNIO 2016

¿Qué tiene para decir esta *Monalisa niña*? un periodo de gran experimentación en la producción de Fernando Botero, cuando, en los primeros años de la década del sesenta, su obra se paseaba por un juego con la pincelada, con el expresionismo, y caminaba hacia consolidar el estilo que lo consagró internacionalmente.

Esta *Monalisa niña* es la primera obra de La Consentida, proyecto con el que el Museo de Antioquia hace una revisión a obras de su colección para estrechar los lazos de cercanía con sus públicos, y, con la apertura de una nueva sala, generar apropiaciones de la zona centro de la ciudad.

Monalisa niña, 1961

Fernando Botero (Colombia, 1932)
Pintura (óleo/acrílico)
133.5 x 119 cm
Donación del artista en 1976



"El arquero es un jugador aparte. Piensa distinto, se mueve diferente, come más, tiene más grasa, es más grueso, entrena aislado, celebra solo, pierde los partidos, rara vez gana alguno y es el único futbolista con reglas propias. Le dicen guardavallas, arquero, portero, golero, cancerbero, cuidapalos".



Jaime Barrientos
Fragmento de Antioquia no es tierra de arqueros, tomado del libro *De ida y vuelta* 85 años de historias Liga Antioqueña de Fútbol



El libro *De ida y vuelta* fue escrito y editado por Universo Centro para la Liga Antioqueña de Fútbol en sus 85 años.



Puntos de venta:

Liga Antioqueña de Fútbol / Calle 50 No. 71-201
Bar El Guanábano / Carrera 43 No. 53-21
Grammata Textos / Calle 49B No. 75-33

Monumento, palacio, teatro, bailadero, cantina, estancia, bufé popular, inquilinato. La Estancia está recién cerrada. Un escampadero del Parque Bolívar además del CAI. Tenía gracias suficientes para subsistir. Naranja, mango, coco, guaro y pola helada en una barra de lado y lado. Y un almuerzo a 4.200 pesos para la otra subsistencia. Con esta crónica publicada en *El libro de los parques* (2013) hacemos votos por su reapertura.

Palacio y estancia



por JOSÉ GUARNIZO

Fotografías: Archivo BPP - Juan Fernando Ospina



Esta no es la casa de los solterones sino la de los viejos arrumados; unos que como Octavio Marulanda —exbailarín famoso de estaderos— se ven pasar como sombras, para luego aparecer por ahí abriendo puertas de habitaciones que han permanecido clausuradas por años.

—Esta es la casa de los viejos que se fueron quedando solos, como desahuciados mientras el resto del mundo les fue pasando por el lado. Los inquilinos de esta casa no tienen familia. Tenían pero ya no tienen —refunfuña Octavio, mientras hace crujir con las chancas una madera que huele a alcanfor.

Esta casa ya no es un palacio hacia el que miraban de lejos los pobres cuando querían untarse los ojos de fortuna.

—Esta casa es un sobrado de rico. Ahora son los pobres los que viven aquí. Bueno, pobres pero distinguidos, porque

degenerados no hay. Esta es una casa de viejitos que no pueden entrar después de las diez de la noche —se excusa Octavio en el momento en que abre un ventanal azul y apollado, el mismo que hace 138 años abrió Pastor Restrepo para tomar la famosa fotografía. Esa foto.

Octavio entrecierra los ojos para defenderse de la luz que entra de afuera y se imagina a Pastor —de bigote liso y puntiagudo, y gabardina de paño— ahí mismo sobre el balcón, concentrado en el tiempo que se tomaría ese aparato traído de París en convertir el paisaje de enfrente en un recuerdo de papel.

Lo que vio Pastor ese día de 1875 fue un potrero con seis árboles recién sembrados y manga, mucha manga, además dos montañas al fondo, en una de las cuales sobresalía una casa de fachada blanca. Lo que Octavio ve al abrir la misma ventana es el Parque Bolívar, un pedazo de ciudad en el que

por las noches se dan cita policías, travestis, prostitutas, vendedores de minutos, recicladores, coleccionistas de baratijas, malabaristas, atracadores de cuchillo y borrachitos de alcohol puro mezclados con Colombiana.

Pastor, quien mandara a construir estos muros por los que ahora se esconden dos gatos hermanos que se han apareado incestuosamente hasta tener 35 hijos —en lo que Octavio consideró noches de porno gatuno—, fue de esos muchachos ricos que no por eso dilapidó el tiempo.

Además de esa famosa foto, tomó una extensa lista de imágenes de la Medellín de finales del siglo XIX, en las que aparecen personajes como Manuel Uribe Ángel, Pedro Justo Berrío —sentado, tomando un el té, tieso como un robot fingiendo una pose casual— y damas anónimas como Magdalena de Quevedo (1875), que mira al horizonte y sostiene un peinado que se asemeja a un arbusto

conocimientos de química y metalurgia que aprendió de su padre, el comerciante Marcelino Restrepo Restrepo. Un empresario y cambalachero exitoso que importó a Medellín el primer coche de lujo tirado por caballos. Y la casa. Esta casa palaciega sobre la cual no hay un consenso del año en que comenzó a construirse. Casi todas las referencias bibliográficas dicen que fue entre 1860 y 1862 que Pastor mandó a levantar la mansión —ahora ruinoso y de milagro en pie sobre la esquina de la calle Caracas (49) con la carrera Venezuela (54)—, en aquel momento la primera de tres pisos en Medellín.

El diseñador fue Juan Lalinde Lema, suegro de Pastor, primer arquitecto antioqueño con diploma, según lo reseña Luis Fernando Molina en *Fotografía de la arquitectura en Medellín*. Y fue tal la imponencia y el estruendo que causó la estructura, en cuya fachada sobresalían catorce ventanas, que el archifamoso arquitecto francés Le Corbusier, en una visita que hiciera a Medellín, dijo con asombro que aquella era la mejor edificación que tenía la ciudad.

Y es que las conexiones de Pastor con París no fueron pocas. La primera tiene que ver con la filiación de cuna, pues nació allí en 1840; la segunda, con su formación académica, pues Pastor viajó a esa ciudad en 1874 para estudiar los últimos inventos de la fotografía. “Pastor Restrepo se despide atentamente de sus amigos y favorecedores y avisa al público que se va para Europa, adonde va a estudiar los últimos progresos del arte fotográfico”, anunciaba el joven en la prensa.

Y el negocio comenzó a prosperar. Estando Pastor en París, las autoridades dieron a conocer los resultados de la investigación del famoso crimen de El Aguacatal, cometido por “Daniel El Hachero” el 2 de diciembre de 1873. Ese día, delante de los periodistas y policías, el médico legista Manuel Vicente De la Roche mostró fotografías de la escena del crimen, unas que en la parte inferior llevaban la insignia “Laboratorio de Pastor Restrepo”. Nunca antes las investigaciones judiciales se habían valido de la fotografía para refrendar o descartar tesis criminales. Causó tanta euforia el resultado, que el 29 de mayo de 1874, en el periódico *El Herald de Antioquia*, apareció un aviso de la Policía que anunciaba que la foto del crimen de El Aguacatal estaba disponible en el laboratorio de Pastor y que costaba cuarenta centavos: “La lectura de la exposición y el juicio que de ella se forme será más exacto teniendo a la vista esos cuadros”.

Detrás de una barra enchapada en baldosa blanca está Jorge Castrillón, forrado en un delantal que le dibuja el círculo de su barriga. Mientras sirve dos tragos que le acaban de pedir con un aplauso, dice que los clientes de La Estancia son gente que tiene el estómago diseado:

—De tantos años de tomar aguardiente aquí ni se engordan ni se enflaquecen.

El patio que construyó Pastor hoy es restaurante, bar y bailadero. De almuerzo, los comensales tienen a disposición asadura, albóndiga, chicharrón u oreja por 3.900 pesos, una tercera parte de lo que puede costar en promedio un menú ejecutivo. Hasta la década del ochenta La Estancia tuvo una fama tal, que la gente hacía filas de dos cuadras a la redonda para lograr un asiento. En sus mejores tiempos La Estancia despachaba cerca de mil almuerzos diarios según la constancia de su registradora.

En 2006, donde ahora funciona el inquilinato de los ancianos que se han quedado solos, no había nada. El día que Octavio tomó la casa en arriendo encontró los pasillos y las escalas tupidas de maleza y telarañas. Aún se ven ventanas que fueron cerradas para siempre con ladrillos y cemento. La única casa de ver-





dadero “estilo” del siglo XIX —como la llaman algunos arquitectos— conserva sin embargo las mansardas, los acabados, los pisos, algunos marcos y, en general, muchos de los detalles decorativos de esa influencia europea. La madera y el hierro forjado parecen ser los originales, pese al desgaste, a las capas de polvo, a los bichos y al olvido.

La única ducha que funciona y que utilizan los ocho inquilinos que de cuando en cuando pasan por el lado de Octavio, mustios, como sombras, tiene una puerta de metal que pudo ser la de un frigorífico. “Corra la cortina cuando se baya a bañar, gracias (sic)”, se lee en un letrero pegado a las baldosas.

Tanto Octavio como Jorge tienen su propia historia de cómo fueron los últimos días de Pastor. De regreso de París, el mago fotógrafo se vio envuelto en un escándalo que comenzaría a deteriorar su imagen de hombre probo. Según cuenta

el historiador Byron White, Pastor, casado años atrás con Julia Lalinde Santamaría, se enamoró hasta las tripas de una bailarina que vino a Medellín con un grupo de teatro europeo. “La curia aguafiestas, viendo el tórrido romance consiguió que no se le prestara el Teatro Bolívar a los artistas, y en desquite, don Pastor construyó en el patio de su casa un teatro que bautizaron Las Tablas”, justo donde ahora se puede comer oreja por 3.900.

—Sí. Cuando ese escándalo de la moza, él se aburría y se fue para Francia y allí murió en 1909 —dice Octavio sin mucha certeza, parado en el centro del segundo piso del caserón, al que poco le entra la luz y en cuyo fondo lleno de corotos se asoma, de nuevo, uno de los gatos.

En una bolsa, tirada en el piso, queda un poco del pasado de Octavio. Son los vestigios oxidados

de lo que eran unos setenta trofeos que ganó en concursos de tango, porro, milonga, foxtrot y bolero. Todos en estaderos. El pasado de la casa es como el pasado de Octavio. Y estado de la casa es como esos trofeos.

—¿Todavía baila? ¿Va a bailar?

—Los fines de semana sería muy bueno salir, pero ya para nosotros los viejos no hay dónde. No me gustan esas revueltas de ahora. El baile no deja plata, pero deja buenos recuerdos.

—¿Por qué tiene descuidados los trofeos?

—Es que uno le paga muy mal a los trofeos.

A sus 66 años, Octavio no sabe qué pasará con la casa. “El gobierno se llena la boca diciendo que esto es patrimonio, pero nunca le han invertido un peso”. Por ahora sabe que el candado se cierra a las diez de la noche. Y después de eso, por muy adultos que sean los inquilinos, nadie entra. ©

LA TIENDA DEL HUMOR

por SERGIO VALENCIA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Nunca he visto en acción a un controlador aéreo, pero creo que Puntilla es muy parecido. Sin salirse del pequeño cuadrado que forman el mostrador, la vitrina, dos impresoras del porte de lavadoras y un computador amarillento, al mismo tiempo que le indica a una novata que mueva el *maus* para que se le ilumine la pantalla y a otro que marque 593 para llamar a Ecuador, le pega la foto 4x4 a la hoja de vida que un muchacho acaba de fotocopiar. Todo eso sin dejar de mantener aterrizada nuestra conversación y darse el lujo de bromear

con un cliente: “Le devuelvo con monedas porque los billetes de mil están más escasos que los de cincuenta”.

No sé si deba extrañarnos o preocuparnos, pero lo cierto es que La Tienda del Humor de la Plazuela Uribe Uribe, en pleno Centro de Medellín, es papelería, fotocopiadora, central de llamadas internacionales, alquiladero de internet, menudeadero de minutos, y últimamente puesto de exhibición de las cremas y lociones que ofrece la esposa de Puntilla. De otra forma no se mantendría en pie, pues lo que es el surtido de libros, afiches, videos, cidis y revistas de humor poco se mueve.



Y es un buen surtido. Abarca desde la recopilación de chistes del clásico Montecristo hasta libros extraños como *Cuentos humorísticos y sentimentales*, de Christian Andersen, pasando por las películas de Cantinflas y Chaplin, los dibujos de Fontanarrosa, los videos de Tola y Maruja, los de Benny Hill, los de La Nena Jiménez, los de Les Luthiers, los de Los Tres Chiflados, los de Risaloca, los del Águila Descalza, los de los Tolimenses... y un elefante de los otrora célebres payasos Gaby, Fofó y Miliki. También se encuentran allí Osuna, el *Diccionario zurdo*, el *Chichipato Times*, Álvarez Guedes, Kurt Vonnegut, Cimifú, Vladdo, Don Abundio, Condorito, Picardía mexicana, *El arte de holgazanear*, Daniel Samper, Jardiel Poncela, Quino, Coco Legrand, *El huevo simbólico*, *Risas y sonrisas de Francia*, *Mecatiándome la vida*, una colección empastada de Memín... y un libro que no me quiso vender porque lo está leyendo: *El humor de Borges*, de

Roberto Alifano. A cambio, me dejó en ocho mil pesitos *Figuras políticas* de Klim, autor que, cuenta extrañado, se está volviendo a vender.

Jorge Londoño se autodenominó Puntilla desde que empezó a contar chistes en el colegio y en el Ejército, y con ese nombre lo han visto desfilar por Sábados Felices y por varios festivales de mentirosos, y por montones de escenarios donde ha ejercido y ejerce su show. Desde hace nueve años montó la rarísima Tienda del Humor (“la única en el país”) y allí sigue porque además de humorista es muy terco. Y buenagente también: lo vi ayudándole por teléfono a una desconocida que llamó para que le colaboraran con un chiste que le pidieron de tarea a su hija. Tan buenagente que a quienes visiten la Tienda y muestren este artículo les obsequiará el cidí con los mejores chistes de su cosecha. “Pero ponga ahí que hasta agotar las tres existencias”. ©



GUANTEROS, LEYENDA DE ARRABAL

por ALEJANDRA MONTES

Ilustración: Daniel Gómez



la plazuela de San Ignacio. No queda claro, pues, al menos no en crónicas concretas, cómo hicieron para convivir la moral de los godos y la de los bohemios.

Algo se sabe de un Padre Gómez que junto a su sacristán y unos devotos, cuando el ejército desocupó la plaza llenó de agua bendita cada esquina de su templo, como quien dice lo exorcizó, pero más por los desmanes de un militar liberal, Timoteo Zapata, que por las obras de borrachos y pendencieros. Al parecer Guanteros era el anidadero *underground* donde pasaba de todo y nadie decía nada, porque lo que hay es material para desplegar la imaginación.

Algunas de las historias más representativas de Guanteros giran alrededor del cementerio de San Lorenzo, el primero de la ciudad. En su cercanía destacaba una cantina que un intelectual bautizó como “El puerto de la eternidad”, por ser la estación donde se sacaba al muerto de su tarimón mortuorio para subirlo a cuestras al cementerio, donde luego los familiares del finado se tomaban unos tragos en su honor.

Coinciden los cronistas en que los bailes populares eran cosa de todos los días y muchas veces terminaban en los afamados bailes de garrote, porque un tal don Martín Saldarriaga llegaba con un esclavo a las fiestas más licenciosas, apagaban los candiles y encendían a garrotazos a todas las almas pecaminosas que se encontraban a su paso.

En esas calles fueron famosas las residencias de estudiantes en las que vivieron muchos de los líderes más reconocidos de Antioquia, que se hicieron más de una vez volándose de los sagrados aposentos de su institución, hoy el Paraninfo, para buscar noches de juerga y desvirgue.

A Guanteros llegaban intelectuales de la talla de Gregorio Gutiérrez González, nuestro Virgilio, que probó la sazón de Las Peruchas, o Tartarín Moreira, el ilustre trovador bohemio que era asiduo de El Blumen —la cantina del músico Manuel Ruiz, integrante del dueto Blumen y Trespacios— donde los mejores intérpretes de la época cantaban bambucos, pasillos y danzas hasta el amanecer, en la esquina de Niquitao con

Bomboná. Otros de los famosos visitantes pueblerinos eran Efe Gómez, León Zafir, Augusto Duque Bernal y el mismo Carrasquilla que tanto lo criticó.

Nacieron y se criaron en Guanteros Pelón Santamarta y su secuaz Adolfo Marín, que llevaron su música a todas partes. Compartieron sus miserias con Barba Jacob y Marco Tobón Mejía en Cuba, y cuando fueron a probar suerte en México su música impactó a tal punto que se despreñó un género de bambuco yucateco. De cuenta de este par de guanteros colombianos conoció la primera grabación fonográfica de la historia de la música del país, y el hit musical en todos los países de Centroamérica que recorrieron fue *El enterrador*, así la referencia más precisa para los paisas sea *Antioqueñita*.

No es de extrañar, como recuerda Zapata Cuéncar, que Nito Restrepo en su *Cancionero de Antioquia* dijera que Guanteros “fue comparado por D. José María Samper, en una novela que escribió de oídas sobre Antioquia, con los Percheles de Málaga o las Ventillas de Toledo”.

En las primeras décadas del XX María Cano armaba las tertulias más polémicas en Guanteros. A su casa de la carrera 41, entre Maturín con San Juan, asistían intelectuales como Luis Tejada, Antonio José Cano, Abel Farina, Eladio Vélez o Tomás Uribe Márquez. Sin dejar de mencionar que las sesiones de espiritismo de su hermana María Antonia, la Rura, causaban revuelo y furor en el barrio.

Cuenta Rodrigo Carvalho en *Historia del barrio Niquitao* que para 1935 ya de esos compositores, cantores, poetas y demás componentes de la vida callejera pocos quedaban, apenas dos casas donde se continuaban los afamados bailes con otro tipo de clientela, no precisamente de la mejor estampa: “La Asomadera y el Camellón de Guanteros, dejaron de ser sede de artistas. Otros sitios ocuparon su lugar, el bar La Bastilla de Junín con La Playa; la Calle el Codo, Guayaquil”.

Lo cierto es que hoy ninguna imagen de Niquitao le hace honor a su pasado, y las crónicas no tienen más que insinuaciones de una época lejana que parecía mejor. ©

El barrio de Guanteros fue ficha clave en la fundación de Medellín. De él subsisten historias de lo íntimamente popular, intelectual y festivo que vivió la ciudad durante el siglo XIX y principios del XX, y bien habría podido ser un reducto que insinuara lo que es hoy La Candelaria en Bogotá, por dar una idea, si el empujante desarrollo del Centro no hubiera llevado a sus habitantes y a su ronda hacia las laderas. Perdió el aire una calle que ahora llamarían “distrito cultural”.

Niquitao, por ejemplo, que hacía parte de Guanteros y que hoy está lleno de inquilinatos, casonas de valor arquitectónico y patrimonial, habitadas por familias en condiciones precarias, tuvo su época dorada. Su agonía empezó bien entrado el siglo XX, pero desde los años setenta la administración no ha encontrado una estrategia de recuperación acorde con su importancia.

Siempre se encargaron de “corregirlo”, sin éxito, para adaptarlo al gusto urbanístico que impone el plan electoral.

Guanteros abarcaba el sector que comprende lo que hoy es la Plazuela de San Ignacio y se internaba hacia el sur casi hasta la glorieta de San Diego. Estaba formado concretamente por la que hoy es la calle Maturín, por el Camellón de La Asomadera, hoy Niquitao, por la Barranca de Caleño, lo que era San Félix y hoy es la Oriental, y por la Barranca de San Antonio, más o menos lo que hoy es la calle San Juan. Sin descuidar que entre la calle del Zanjón, hoy Bomboná, y la plazuela de San Francisco, hoy San Ignacio, estuvo la famosa calle de Las Peruchas.

Autores como Jairo Osorio, Heriberto Zapata Cuéncar, Rafael Ortiz, Carlos Escobar, Uriel Ospina, por citar algunos, dan sus versiones. Casi coinciden en que se llamó así porque allí vivieron unas hermanas, hijas de un tal don Perucho, e

insinúan que quizá fueron celestinas de amores furtivos y las mejores guisanderas de sancochos, tamales y embutidos del contorno. El callejón que inauguran las dichas Peruchas, según Ospina, en su tiempo fue “una especie de ‘Préaux-Clercs’ en versión tropical para los que aprendían latines, retórica, religión cristiana, hermenéutica, algo de música y *trivium* y *quadrivium*”, aunque según Escobar no era más que un “zanjón hediondo y peligroso”.

Guanteros fue un lugar complejo más allá de que los cronicones antiguos lo engalanaran como típicamente festivo y variopinto, y de que Tomás Carrasquilla lo nombrara como “lugar nefando y tenebroso de los bailes de garrote, de los aquelares inmundos y de las costumbres hórridas”.

Fue el primer barrio de clase baja, el límite suroriental de la ciudad, sobre la vía que conducía al sur del Valle de Aburrá, adonde llegaron los

indígenas, libertos, mestizos y mulatos que el Cabildo desplazó en el siglo XVIII de la Plaza Mayor, que era el Parque Berrió, y donde luego se asentó el resto de la masa popular, artesanos, obreros, pequeños comerciantes, estudiantes, viajeros, militares y uno que otro intelectual llegado de los pueblos aledaños. Un lugar de confluencia. De ahí que las fondas no demoraran en abrir sus sedes, lo mismo que las fritanguerías, cafetines, prostíbulos, tertulíaderos, alambiques, bailaderos y otros tantos.

Y tenía dos vecinos con otras reglas: curas y militares. En los albores del siglo XIX fray Rafael de la Serna puso la primera piedra de la capilla franciscana, en la que era la plazuela de San Francisco. Después de las guerras de independencia y de que el complejo franciscano —capilla, convento y colegio— pasara a ser cuartel militar en 1876 y 1885, el Estado les concedió el terreno a los jesuitas y se convirtió en

• La Pascasia •

Camellón de Guanteros. Cra. 42 # 46-46

Casa de músicos e inventores para honrar la calle. Casa de totumo en el patio. Casa vieja, casa en ciernes, casa de dos ventanas. Casa en la calle Pascasio Uribe, campanero mayor de la plaza.

Desde el 14 de abril Música Corriente, Grupo Hangar y Universo Centro seremos anfitriones de La Pascasia. Ambiente familiar. El ICBF es nuestro vecino. Cualquier cosa, menos quietos.



Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

EMBUTIDO ARTESANAL
Itaca
GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Encuétranos también en el Teatro Pablo Tobón

Piensa local toma artesanal

3

NEGRA
CORDILLERAS

MULATA
CORDILLERAS

MESTIZA
CORDILLERAS

BLANCA
CORDILLERAS

ROSADA
CORDILLERAS

PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD
EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD



Caravana de MOVILIDAD SOSTENIBLE + PICNIC

Domingo, 17 de abril

- Carros eléctricos
- Motos eléctricas
- Bicicletas eléctricas
- Bicicletas
- Familias conscientes
- Yoga
- Espacio para picnic
- Foodtrucks
- Actividades deportivas
- Mercados campesinos

SALIDA: CC, Premium Plaza
 HORA: 9:00 AM

LLEGADA: UPB
 HORA: 11:30 AM - 5:00 PM

#CICLOSIETE

“Pour rêver il ne faut pas fermer les yeux, il faut lire.”

Michel Foucault, 1926 - 1984
Philosophe français

iDescubre, aprende y disfruta en francés!

444 2620

<http://medellin.alianzafrancesa.org.co>

af Alliance Française Medellín

cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

/cinefagos.net
 @cinefagosnet

¡FIESTA CIENTÍFICA DE DOMINGO!

Programa dominical para que las familias vengan con sus hijos (de 6 a 12 años) a jugar a ser paleontólogos, biólogos, ingenieros robóticos, químicos... además de estimular talentos ocultos, esta actividad transforma un domingo cualquiera en un programazo para todos y en una experiencia emocionante



Público: niños entre 6 y 12 años de edad, acompañados de un adulto | Actividades cada media hora con un receso de 12:30 p.m. a de 1:30 p.m. | Los cupos en cada estación son limitados, pero la actividad se repite cada media hora
Entrada: con boleta general, disponible en las taquillas del Parque Explora
Mayores informes: comunicaciones@parqueexplora.org

Domingo
1 de mayo 2016
11:00 a.m a 5:00 p.m.

Parque Explora
Medellín

**Entrada con
boleta general**

www.parqueexplora.org

[f](#) parqueexplora [i](#) parqueexplora [t](#) @ParqueExplora

SALA
INFANTIL

ARGOS

Grupo
familia

tigô
ne

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos